

LAS ESTACIONES DEL AÑO

Kristijonas Donelaitis

LAS ESTACIONES DEL AÑO

Edición y traducción de *Carmen Caro Dugo*

Introducción de Dainora Pociūtė-Abukevičienė



RENACIMIENTO

Colección POESÍA UNIVERSAL
SERIE MENOR

Director: MANUEL ARAGÓN

*

INTRODUCCIÓN

Este libro se ha publicado con la ayuda de *Books from Lithuania*,
con fondos del Ministerio de Cultura de la República de Lituania.



Diseño de cubierta: Marie-Christine del Castillo

Redacción poética de Rocío Arana Caballero

© Introducción: Dainora Pociūtė-Abukevičienė © Ilustraciones: Šarūnas Leonavičius

© Edición y traducción: Carmen Caro Dugo © 2013, Editorial Renacimiento

Depósito Legal: SE *-2013
Impreso en España

ISBN: 978-84-8472-***-*
Printed in Spain

LAS ESTACIONES DEL AÑO, DE KRISTIJonAS
DONELAITIS: UN MONUMENTO A LA
LITUANIA PRUSIANA

EL país situado a orillas del mar Báltico, en que Kristijonas Donelaitis vivió y creó en lituano la obra maestra de la literatura europea del siglo XVIII, ya no existe hoy. Tras la segunda Guerra Mundial, el suroeste de Prusia fue adjudicado a Polonia; una gran parte de esa tierra –con la antigua capital– se convirtió en el distrito de Kaliningrado, perteneciente al Estado Ruso, y solo un reducido territorio del norte de la antigua Prusia sigue perteneciendo a Lituania en la actualidad. Los antiguos nombres bálticos y alemanes han permanecido como vestigios históricos; es el caso de la antigua capital del estado, Königsberg (en lituano Karaliaučius), hoy Kaliningrado. Sin embargo, precisamente la obra de K. Donelaitis *Metai (Las estaciones del año)* dio a este país la posibilidad de perpetuarse

para siempre. Y se la dio justamente en lituano, uno de los dos idiomas bálticos que han pervivido hasta ahora. Así, en el siglo XVIII, en una Prusia ya fuertemente germanizada, se dejó clara constancia de la identidad báltica de sus antepasados.

Prusia, el territorio de tribus bálticas –en primer lugar prusianos, pero también escalvianos, curonios y otros pueblos– conquistado en la Edad Media (siglo XIII) por la orden alemana de los Cruzados, fue transformada en el siglo XVI en un estado secular. En 1525 Albrecht von Brandenburg (1490-1568), el que fuera su Gran Maestro, disolvió la orden militar, que había perdido ya su misión de cristianización, y creó el Ducado de Prusia. El hecho de dar el nombre de Prusia a un estado regido por Alemania, era un signo del respeto a la historia, propio de la época del Renacimiento. Los prusianos constituían un grupo báltico legendario, que había sido el más difícil de conquistar en este territorio y que se había sublevado más de una vez contra la Orden durante la Edad Media. En el siglo XVI era aún una nación viva, que había producido ya los primeros libros en prusiano, pero se encontraba en vías de extinción. A pesar de los muchos y dolorosos dramas históricos, la creación del Ducado de Prusia en los albores de los

tiempos modernos fue un paso particularmente importante y fructífero en esta región de Europa, que permitió que las culturas nacionales reunidas en el estado se desarrollaran con éxito a la luz de las ideas renacentistas. La prosperidad cultural del Ducado que comenzó en el siglo XVI, la clara consolidación de la conciencia ciudadana, fueron consecuencia de la sabia política interior del Duque Albrecht. Era este un gobernante de origen alemán y báltico. Su madre, Sofía, hija de Casimiro, Gran Duque de Lituania y Rey de Polonia, era miembro de la dinastía de Gediminas; y su padre era Friedrich, Conde de la comarca de Ansbach. El Ducado no era totalmente independiente, pues pertenecía por derecho de vasallaje al Rey de Polonia y Gran Duque de Lituania; por tanto, su historia y cultura estaban particularmente ligadas a estos estados vecinos.

En el siglo XVI la gran mayoría de los habitantes de la región de la capital Karaliaučius, situada en la parte oriental de Prusia, eran lituanos. Ese territorio limitaba con el Gran Ducado de Lituania, con el cual mantenía intensas relaciones sociales, culturales y económicas. El idioma lituano se convirtió en uno de los principales de Prusia, y no solo la lengua hablada, sino también la escrita. Con el tiempo este territorio habitado por litua-

nos vino a recibir los nombres históricos de la «Lituania Prusiana» y la «Lituania Menor». Los lituanos de Prusia se distinguían de la mayoría lituana del Gran Ducado de Lituania no solo por vivir en el estado de Prusia, sino por su confesión religiosa. La decisión del Duque Albrecht de acoger la confesión reformada de Martín Lutero y Philipp Melanchton constituyó un aspecto decisivo de la fundación de su estado secular, por lo cual desde el principio de la creación del Ducado de Prusia el luteranismo se consolidó con una rapidez y éxito particulares. Prusia se convirtió en uno de los primeros estado luteranos de Europa; ahí maduró asimismo una rama original de un luteranismo de cultura lituana.

La consolidación del protestantismo en Prusia impulsó los procesos activos de emigración de los lituanos que confesaban el protestantismo en el Gran Ducado de Lituania, donde en su época temprana la Reforma estaba prohibida. Prusia se convirtió así en el foco central de la cultura y prensa luteranas en lituano. Cuando el Duque Albrecht comenzó los preparativos para la apertura de la universidad, dos lituanos famosos de la primera generación de exiliados –el doctor en Derecho Civil y Canónico Abraomas Kulvietis (Abraham Culvensis) y el doctor en Teología Stanislovas Rapolionis

(Stanislaus Rapagelanus)– se convirtieron en los principales fundadores y primeros catedráticos de la Universidad luterana de Karaliaučius (1544). Los disidentes lituanos de Prusia hicieron posible la redacción y publicación de los primeros libros lituanos; así, en 1547 se publicó en Karaliaučius el primero: el *Catecismo* luterano de Martín Mažvydas. El propio duque Albrecht impulsó y patrocinó estas publicaciones lituanas. Desde ese año la historia de la literatura y el libro lituanos se desarrolló en Karaliaučius sin interrupción hasta el mismo siglo XX. Ahí se editaron los primeros cantorales, sermonarios y devocionarios lituanos; y al final del siglo XVI Jonas Bretkūnas tradujo por primera vez la Biblia en Prusia. Aunque el lituano no era lengua oficial de Prusia, en la región oriental era –junto al alemán– la lengua principal, no solo en la vida diaria de los campesinos sino también en la social (iglesia, educación).

Desde 1618 empezó en Prusia el periodo del gobierno de la dinastía Hohenzollern, por lo que Berlín fue adquiriendo un papel cada vez más prominente como centro político de Prusia. Tras la crisis acaecida a mitad del siglo XVII (las guerras con Suecia y Moscú), el estado de Lituania-Polonia se vio obligado a renunciar a la soberanía de Prusia, y el Duque Friedrich Wilhelm

(1640-1688) anexionó Prusia a Brandemburgo. En 1701, para subrayar la autonomía de Prusia, Friedrich III se hizo coronar rey y así Prusia se convirtió en una monarquía. Más adelante, durante los siglos XVII-XIX, en Prusia Oriental se fue formando la llamada identidad «prusiana». Su originalidad estribaba en que las generaciones que nacían y crecían en Prusia usaban el alemán, el polaco y el lituano, pero eran ciudadanos de Prusia y no asociaban su identidad a Alemania, Polonia o el Gran Ducado de Lituania. Por otra parte, los cimientos de la identidad prusiana resultaron de la fusión de elementos étnicos diversos. Los alemanes –el grupo gobernante de la sociedad prusiana– determinaron la progresiva germanización de Prusia, que los lituanos se resistían a aceptar, haciendo todo lo posible para defender los derechos de su propio idioma en la región. Esta defensa de la lengua, costumbres e identidad étnica durante los siglos XVII-XVIII, constituyó un impulso de una labor activa de los intelectuales y eruditos lituanos: publicación de diccionarios y gramáticas, ampliación de los derechos del lituano en las escuelas primarias de los pueblos y en las iglesias, obras controvertidas sobre el origen del lituano y sus derechos. A principios del siglo XVII, el estado de Prusia redujo la subvención de

su tesoro para libros lituanos, pero la falta de prensa lituana que se empezó a sentir con rapidez obligó a poner medios para renovar la actividad organizada. En 1653 Danielius Kleinas, oriundo de Tilžė, publicó la primera gramática lituana; en 1654, un manual de lituano, escrito en alemán. En el siglo XVII se prepararon diccionarios lituano-alemán, pero el primero, de Friedrich Wilhelm Haack, no se editó hasta 1740.

En la Prusia de la primera mitad del siglo XVIII y en la universidad de Karaliaučius, se desarrollaron intensamente las ideas de la Ilustración. La personalidad más eminente de Prusia y de la Universidad de Karaliaučius, uno de los más grandes filósofos del mundo, Immanuel Kant (1724-1804), se ha convertido en el símbolo de estas ideas. Kant comenzó sus estudios en la universidad de Karaliaučius en 1740, al mismo tiempo que Kristijonas Donelaitis terminaba los suyos. El filósofo de Karaliaučius que, ya famoso, nunca abandonó su patria, creó la teoría del conocimiento y del poder de la razón humana, los principios filosóficos de la ética y la religión de los nuevos tiempos, mostró la importancia de la autonomía del hombre y de la educación de la sociedad, planteada por la Ilustración, subrayando que es la «valentía de usar la propia razón sin la guía de otro».

Kant prestó atención a las cuestiones nacionales de Prusia y al destino de las lenguas: en 1800 escribió un prólogo para uno de los diccionarios lituano-alemán, en el que invitaba a conservar el idioma lituano como «el medio más importante de la formación y conservación del carácter nacional».

La obra de Kristijonas Donelaitis *Las estaciones del año*, que vio la luz en la Prusia de la época de la Ilustración, ocupa un lugar prominente en la historia de la literatura lituana. Es la obra más conocida y, desde principios del siglo XIX, la que más claramente representa a la nación y la literatura de ese país báltico. Aunque la historia de la literatura lituana de Prusia empezó a mitad del siglo XVI, sólo Donelaitis convirtió el lituano en la lengua de una gran obra. Todos los textos lituanos de cierta entidad creados hasta Donelaitis surgieron por motivos didácticos o con el fin de consolidar las diferentes confesiones.

Donelaitis –pastor luterano evangélico– no persiguió ni experimentó gloria literaria alguna en vida. El poema escrito por Donelaitis en la provincia de Prusia Oriental, tras la muerte del autor permaneció en forma de manuscrito, conocido solo por algunos amigos, y fue publicado por primera vez en Königsberg en 1818

por Ludwig Rhesa (Rhesa, 1776-1840); fue este también el iniciador de la historia de la traducción de Donelaitis a otras lenguas. Rhesa publicó *Las estaciones* junto con su propia traducción al alemán (*Das Jahr in vier Gesängen*). Ya entonces podía apreciarse que, pintando la vida cotidiana de los campesinos lituanos, Donelaitis había creado una narración única, a la altura de los más grandes poemas épicos; un mito cósmico, emblema metafísico del tiempo y la eternidad. Rhesa denominó *Las estaciones*, con particular acierto, «una obra nacional excepcional», «un monumento al idioma, las costumbres, la cultura espiritual y el carácter nacional» lituanos. Como seguidor de la teoría estética de J. Herder, Rhesa describió el género de *Las estaciones* de Donelaitis como «epopeya didáctica». Uno de los más grandes lingüistas del siglo XIX, August Schleicher (1821-1868), tras leer *Las estaciones* de Donelaitis, afirmó que, por la perfección de la forma del idioma lituano, el poema bien podría competir con obras griegas y romanas, con las escritas en indio antiguo, y acometió la segunda edición de *Las estaciones*, que vio la luz en 1865 en San Petersburgo, Rusia. Esta publicación, en la cual se incluyeron no solo *Las estaciones*, sino también otras obras del autor, acompañadas de comentarios lingüís-

ticos, fue la primera edición crítica de las obras de Donelaitis. En el siglo XIX otro lingüista alemán, Georg Heinrich Ferdinand Nesselmann (1811-1881), publicó en Königsberg (1869) otra edición crítica importante de los escritos de Donelaitis con traducción al alemán. En el siglo XX en Lituania aparecieron varias ediciones de *Las estaciones*, y las obras completas de Donelaitis se publicaron en 1914 y 1977. *Las estaciones* es asimismo uno de los textos de la literatura lituana más traducidos y difundidos por el mundo. En nuestros días se conocen traducciones a doce lenguas (en alguna de ellas hay varias traducciones). Además del alemán, existen traducciones al armenio, bielorruso, checo, georgiano, húngaro, inglés, letón, polaco, ruso, sueco y ucraniano. Algunos fragmentos de *Las estaciones* y otras obras de Donelaitis se han traducido al esperanto, estonio, francés, hebreo, italiano, japonés, latín, serbio. En 1977 la obra de Donelaitis *Las estaciones* se incluyó en la lista de obras maestras de la literatura europea de la UNESCO. La traducción de *Las estaciones* al castellano es la primera traducción completa de este poema a una lengua románica.

Kristijonas Donelaitis (Donalitiūs, 1 de enero 1714 – 18 de febrero 1780) nació en Lazdynėliai, pueblo ya

desaparecido de la región de Karaliaučius, cercano a Gumbine (hoy Gusev), en una familia lituana numerosa (los padres del poeta tuvieron cuatro hijos y tres hijas) de campesinos libres. Según las estadísticas, en 1701 había en Prusia Oriental más de 8000 fincas agrícolas de campesinos libres y unas 54.000 de siervos. Alrededor de 1731 Donelaitis empezó a asistir a la escuela secundaria de la Catedral de Karaliaučius, la Escuela Latina de Kneiphof (la parte central de la ciudad), y en los años 1736-1740 estudió en la facultad de Teología de la universidad de Karaliaučius, donde cursó teología, idiomas, poética, literatura, teoría y práctica de la música; asistió al seminario de lituano. Königsberg era a la sazón un importante centro comercial y contaba con unos 50.000 habitantes. La ciudad luterana estaba orgullosa de su universidad, su castillo y sus dieciocho iglesias (entre ellas había tres reformadas y una católica). Estaba situada en la costa báltica, por el río Pregolia navegaban hasta la ciudad barcos mercantes y pesqueros.

Al finalizar sus estudios, además del lituano, su idioma nativo, y el alemán, la lengua oficial, Donelaitis sabía latín, griego, hebreo y francés. La vida posterior de Donelaitis fue sedentaria y tranquila. En 1740-1743

ocupó el puesto de cantor (maestro de música eclesiástica) en Stalupėnai (en alemán Stallupönen, hoy Nesterov). Se piensa que ahí escribió sus primeras composiciones poéticas en lituano, de las que se han conservado seis fábulas. Desde 1743 hasta su muerte, trabajó como pastor luterano en Tolminkiemis (en alemán Tollminkemen, hoy Čistyje Prudy, región de Nesterov). Ahí se casó en 1744 con la viuda Anna Regina Ohlfant; el matrimonio no tuvo hijos. La parroquia de Tolminkiemis, que en *Las estaciones* representa el modelo del mundo entero, fue el mundo de la vida personal de Donelaitis, en el cual ejerció su ministerio y vivió dedicándose también a la literatura, la música, algunos oficios y la agricultura. Se piensa que durante los 37 años de su vida en Tolminkiemis, salió de su comarca sólo una vez, para participar en un bautizo de la familia de su hermano Firiedrich. Entregó toda su vida a la parroquia: se ocupaba de sus cinco escuelas, oficiaba el servicio en lituano y alemán, promovió la construcción de una nueva iglesia de piedra, de la casa parroquial y de un hogar de viudas anejo; se ocupó también de la construcción de una nueva escuela y de su actividad. Le correspondía el deber de cuidar toda la gran finca (unas 40 hectáreas), perteneciente a la parroquia. A Do-

nelaitis le interesaba mucho la música; él mismo hizo algunas composiciones, tocaba y arreglaba clavecines y pianos. Era laborioso y dotado para muchos oficios: le gustaba la jardinería, se le conocía por los alrededores como un hábil mecánico: hacía relojes, barómetros, termómetros, pulía cristales ópticos. Murió con 66 años, el 18 de febrero de 1780, y fue sepultado en la iglesia de Tolminkiemis, que permanece hasta ahora. Donelaitis era un sacerdote especialmente responsable, disciplinado y de una profunda fe en el poder de la justicia divina. Sus opiniones personales quedan claramente reflejadas en el registro de bautismos de la iglesia (1725-1754), que llevaba en alemán, y que ha llegado hasta nuestros días; en él dejó muchas observaciones sobre la vida, la moral de los parroquianos y su propio ministerio. Entre ellos, el siguiente consejo para el futuro sacerdote: «Hermano mío, mi sucesor, acuérdate de mí cuando leas esto. Procura ser honrado y fiel en todo. Nos veremos en ese gran día». Después de su muerte un amigo suyo apuntó que Donelaitis era un hombre noble, que había vivido «no según las modas mundanas». Verdaderamente el mismo Donelaitis en su vida soñaba con un mundo ideal, y más de una vez comentó sobre la moral decadente de sus tiempos con una cierta amargura: «en mis

tiempos ya ha aparecido una generación que busca solo las lanas, y no las ovejas».

Tras su muerte, su esposa Anna Regina conservó sus manuscritos, que más tarde entregó a su antiguo amigo Johannes Gottfried Jordan (1753-1822), pastor de Valtarkiemis. No es posible establecer la fecha exacta de composición de *Las estaciones*, pues su creación fue un largo proceso, una parte de la vida del mismo Donelaitis. El poeta lo escribió por fragmentos, que iba añadiendo a unidades más extensas. Sin embargo, el periodo aproximado de composición de *Las estaciones* podría ser la segunda mitad de la vida de Donelaitis: los años 1765-1775, transcurridos en Tolminkiemis. Se cree que las otras composiciones poéticas de Donelaitis (fábulas) fueron escritas antes. Los manuscritos de las partes de *Las estaciones* que han llegado hasta nosotros y sus copias no tenían un título común; tampoco su orden estaba claro. Precisamente Rhesa dio a este poema el título *Las estaciones* y dispuso el orden de sus partes, comenzando la obra con «Los gozos de la primavera».

Para dar forma a sus ideas y visión del mundo, Donelaitis eligió un modo único en el contexto de la literatura europea del siglo XVIII: la vida de una comunidad de campesinos. No se trataba ni siquiera de la vida de

los campesinos de Prusia, sino de la minoría lituana, concentrada en la zona de Karaliaučius. El paradigma excepcional de la problemática social de *Las estaciones* está relacionado con la preocupación por la conservación de la identidad lituana en Prusia.

Donelaitis maduró y vivió después de la gran peste acaecida en Prusia Oriental en 1709, durante la cual pereció más de la mitad de los habitantes del territorio. Acabada la plaga, las autoridades pusieron medios para repoblar los territorios vacíos con nuevos habitantes. Solamente en la primera etapa de colonización de Prusia Oriental (1710-1713), en la Lituania Menor se establecieron unos 25.000 nuevos habitantes. La gran mayoría procedía de diferentes localidades de Alemania. También fueron invitados a residir en Prusia Oriental los reformados suizos, perseguidos en esa época. En 1724 afluyeron también unas tres mil personas de habla francesa, a las que se habían dado facilidades para establecerse en la Lituania Menor; de aquí procede la imagen del «francés» en *Las estaciones*. En 1731 llegaron al territorio muchos reformados desterrados del norte de los Alpes, de Salzburgo. Precisamente entonces cambió esencialmente la composición demográfica de la Prusia Oriental, la política germanizante se agudizó. En la co-

marca de Tolminkiemis, donde más tarde Donelaitis ejercería su ministerio, junto a las 55 familias lituanas se establecieron unas 100 familias de forasteros. Se cree que en los tiempos del ministerio de Donelaitis en toda la parroquia de Tolminkiemis los lituanos constituían apenas la mitad de los habitantes. El tema de las identidades nacionales y de la convivencia de pueblos queda reflejado de una forma especialmente viva en el poema de Donelaitis.

Después de la peste y con la intención de aumentar las fuentes de ingresos, el estado empezó a utilizar las tierras reales para fundar fincas, que alquilaba a personas interesadas que se llamaban «amtmonai» (del alemán *amtman*). La finca real descrita en *Las estaciones* fue fundada en Tolminkiemis en 1732. Sus campos se iban agrandando continuamente, por lo que los campesinos que tenían tierras en sus proximidades, eran desplazados. A Donelaitis le dolía la injusticia de los señores para con los campesinos y sentía el deber de interceder por ellos; él mismo pleiteó gran parte de su vida con los administradores de la finca para defender la tierra perteneciente a la iglesia.

Si examinamos el contexto poético de la época de la Ilustración de Europa, se puede mencionar *Las estacio-*

nes de Donelaitis entre tales obras de la Europa del siglo XVIII como el poema *The Seasons* (1726-1730), del poeta inglés John Thomson, *Les saisons* (1769), del francés J. Saint-Lambert, u otras obras. Sin embargo, en ninguna de ellas los campesinos, la cultura popular y la naturaleza, se habían convertido en el principio constructivo de la creación de la visión artística. La inmortalización de la cultura campesina y del ciclo de la naturaleza, junto con la inesperada y excepcional lengua lituana, que evitaba totalmente el sentimentalismo propio de la literatura de occidente de esa época, el esteticismo y la ornamentación, componen la integridad de contenido y forma de *Las estaciones* de Donelaitis. En la literatura occidental del siglo XVIII los campesinos se describen como criaturas estilizadas de la naturaleza; en *Las estaciones* se distinguen más bien por ser miembros de una comunidad y por sus cualidades realistas.

Ha habido diversos intentos de explicar el secreto de la originalidad de *Las estaciones*. Sin embargo, la gran mayoría está de acuerdo con que se trata de una obra única, inexplicable según ciertas influencias o conforme a la evolución de la tradición poética. Tampoco podría «justificarse» la aparición de *Las estaciones* en el contexto del desarrollo de la tradición del lituano poético. Hasta

Donelaitis los ejemplos de poesía lituana eran solo himnos religiosos; por tanto, un lituano poético de tal calibre y madurez simplemente no existía.

A pesar de que la poética y el sistema de imágenes de *Las estaciones* son únicos y vienen determinados por detalles de la naturaleza de Prusia y de la forma de vida de los campesinos lituanos, existe una relación entre la literatura clásica y Donelaitis. Y la primera prueba directa de esta relación es que su obra está escrita en hexámetro clásico. Se trata de una de las primeras obras poéticas de Europa compuestas en hexámetros en una lengua nacional. En Alemania en los siglos XVII-XVIII se discutió mucho sobre la adecuación del hexámetro a la lengua alemana, y es imposible adaptar el hexámetro a muchas lenguas nacionales.

Donelaitis se vio inspirado a reavivar el metro de los tiempos de Homero de una forma tan poco usual (no para describir héroes míticos, sino la vida de los labradores) y en una lengua en la que hasta ese momento no se había creado ninguna poesía profana, en primer lugar porque comprendió que lo permiten las posibilidades del lituano, lengua indoeuropea que ha mantenido unas estructuras particularmente arcaicas. La defensa de los derechos del idioma lituano en la Prusia germa-

nizada del siglo XVIII ya se había convertido en una preocupación viva. En el siglo XVIII empezaron a aparecer en Prusia obras que intentaban llamar la atención sobre el idioma lituano y explicar su origen, relacionarlo con el griego y el latín, fundamentar sus derechos y las posibilidades de crear en esa lengua obras elevadas. Sin embargo, Donelaitis fue el primero que, al componer la obra más famosa hasta ahora en lituano, la escribió en hexámetro antiguo, elevando así el idioma lituano y dándole el estatus de lengua de la gloriosa antigüedad y de lengua poética. Resulta de interés que el hexámetro de Donelaitis está basado no solo en el contraste de sílabas acentuadas-no acentuadas, sino en la cantidad de las sílabas. Por tanto, el metro de *Las estaciones* en lituano no es sólo tónico (cualitativo), sino métrico (cuantitativo); el hexámetro del poema se ha llamado una síntesis orgánica de hexámetro tónico y métrico.

El género de *Las estaciones* se ha descrito de diversas maneras, pero es obvio que esta obra tiene características tanto de un poema moderno como de la épica clásica. Con esta última *Las estaciones* tiene en común la representación de la sabiduría colectiva, de la universalidad, la revelación del significado filosófico y religioso de la vida rural. *Las estaciones* tiene elementos propios

de la epopeya heroica así como de la epopeya didáctica clásica. La enumeración de realidades de la naturaleza y del mundo campesino, el intento de universalidad, la hiperbolización, los elementos homéricos del sistema de epítetos fijos, el intento de crear una imagen no del individuo sino de la comunidad, los diálogos de los personajes: todo ello tiene una estrecha relación con las epopeyas de la antigüedad. La elevación del trabajo de la agricultura y de los campesinos recuerda los motivos de la obra de Virgilio, algunos elementos de la poética de *Las estaciones* se pueden hallar en los poemas épicos de Homero. De otra parte, la obra de Donelaitis se diferencia de las epopeyas antiguas por su narrador particularmente activo, que en *Las estaciones* tiene múltiples funciones: es narrador, maestro y miembro de la comunidad. A pesar de las evidentes coincidencias de forma, metro y poética con la literatura de la Antigüedad, el poema de Donelaitis es una obra poética única de los tiempos modernos, en la que se fundieron la sabiduría del protestantismo luterano y la cultura rural lituana.

Dibujando la vida de los campesinos en el cambio de estaciones, Donelaitis creó una narración cosmogónica cuyas raíces se esconden no solo en la experien-

cia de la cultura popular, sino en una visión bíblica del mundo y en la ética luterana. Los signos religiosos de *Las estaciones* no son evidentes; el poema está creado según el principio poético luterano de la «teología oculta», que se empezó a extender en el siglo XVII. Sin embargo, siguiendo el cambio de las estaciones y el ritmo de los trabajos campesinos, el lector entiende que está siguiendo también un hilo interno metafísico sobre la salvación. Desde el siglo XVI, en la mentalidad protestante, a diferencia de la católica, hubo un rechazo de la noción de Purgatorio, y prevaleció la idea de que unos se salvarían y otros se condenarían. En la ética calvinista esta idea se convirtió en la llamada predestinación ya en la tierra, por decisión de la voluntad divina. El elegido en la vida cotidiana daba señales de estar predestinado por su honradez y por la firmeza en la fe, signo de la gracia divina ya en la tierra. En *Las estaciones* de Donelaitis también vemos una división entre los «honrados» y los «malvados». Se trata sin duda de los esquemas de valoración de la mentalidad protestante, que nos llevan a considerar el drama de los que se salvan y los que se condenan, la acción del demonio; los luteranos no dudaban de su perversidad y de su acción cada vez más fuerte en la tierra («Los bienes del otoño», vv. 867-868).

De todas formas, a diferencia de la extendida doctrina calvinista de la predestinación, el luteranismo no se libera con el conocimiento de que los predestinados están señalados. Para los luteranos la misteriosa decisión divina causaba inquietud y temor de Dios, que en la comunidad impulsaba a mantenerse unidos y no juzgar a los compañeros de viaje de la vida terrena. Por no conocer la decisión divina, era importante reconocer la acción del diablo y mantenerse lo más lejos posible, adoctrinando también a otros. De ahí el didactismo de Donelaitis, sacerdote, y su manifiesta fidelidad a las enseñanzas luteranas. Aunque en «Los bienes del otoño» se afirma que en este mundo «es más pequeño el número de justos que el número creciente de malvados» (vv. 856-858), en «Los afanes del invierno» encontramos una advertencia: «Cada tonto posee su tontera» (v. 543). Los puntos de vista e ideas de Donelaitis se formaron en un momento en que en la universidad de Karaliaučius y entre los sacerdotes e intelectuales de Prusia cundían las ideas pietistas. El pietismo fue un movimiento que se extendió en el seno del luteranismo y que proclamaba ideales de renovación religiosa. La ética pietista, que fomentaba los valores de la sobriedad, la disciplina, la templanza, la laboriosidad y la piedad personal en la

vida cotidiana, ha quedado reflejada en la vida y obra de Donelaitis.

Aun palpando en *Las estaciones* las huellas de la cultura étnica lituana, de la tradición clásica y bíblica, de la mentalidad luterana de Prusia, de la estética de la Ilustración, seguimos sin explicar la causa de la grandeza de esta obra. No podemos más que estar de acuerdo con las palabras del destacado poeta de finales del siglo XX, Sigitas Geda, que ha descrito así la originalidad de *Las estaciones* y el lugar de excepción del mismo Donelaitis en la historia de la literatura lituana: «Esta obra no es literatura. Es la cuenta que un misionero rinde a su Señor».

Prof. DAINORA POCIŪTĖ-ABUKEVIČIENĖ
Departamento de Literatura Lituana
Universidad de Vilnius (Lituania)

NOTA DE LA TRADUCTORA

EN el 2014 se celebra el III Centenario del Nacimiento de Kristijonas Donelaitis (1714-1780). Como parte de las conmemoraciones, la Comisión para la Conservación de la Tradición y Patrimonio Lituano se propuso –entre otras iniciativas– la promoción de las traducciones de la obra más representativa del autor (*Las estaciones del año*) a algunas lenguas europeas a las que todavía no se ha traducido el clásico lituano. Hace cuatro años la catedrática de literatura lituana Dainora Pociūtė-Abukevičienė (Facultad de Filología, Universidad de Vilnius) me sugirió la posibilidad de traducir la obra al castellano. Le agradezco que haya pensado en mí y me haya animado a llevar esta tarea adelante. El trabajo se presentaba como un gran desafío, pero la lectura detenida de las cuatro estaciones me convenció de que valía la pena intentarlo, pues es un texto de gran expresividad y belleza, y sin duda el clásico lituano que

mejor representa la cultura de este país báltico y las posibilidades expresivas de su lengua, a pesar de la distancia (también lingüística) de 300 años que lo separa de la Lituania actual. Es bien sabido que la traducción es un puente entre culturas y espero que el texto sirva para abrir a los lectores una ventana a este querido país.

La obra se compuso en una situación histórica muy concreta, pero *Las estaciones* representan todo un universo. En los cuatro cantos que componen el poema, uno por cada estación, la indudable intención didáctica del autor no merma su interés por recrearse en la belleza del lenguaje y por explotar todas sus posibilidades expresivas. Manteniéndose dentro del patrón del hexámetro clásico, el autor se sirve del idioma propio de los campesinos, con toda su vivacidad y riqueza; el lenguaje resulta, en ocasiones, incluso grosero, pero repleto de imágenes.

Tanto en sus descripciones de la naturaleza con los cambios propios de las estaciones, como en las de la vida los campesinos (trabajos, celebraciones, repetidas condenas de sus vicios, etc.), el autor recurre a una gran cantidad de sinónimos, hipérbolos, sinécdoques, personificaciones, efectos aliterativos, etc. Se ha procurado mantener en la medida de lo posible las enumeraciones,

la profusión de detalles, colores, etc., así como los fuertes contrastes en las expresiones relativas a la vida de los campesinos: agotamiento/alegría, cansancio/reposo, trabajo arduo/gozo... Ya otros traductores se han referido a la dificultad que entraña la traducción a otros idiomas de los abundantes sufijos diminutivos, tan propios del idioma lituano. Se ha intentado transmitir la riqueza emotiva que estos sufijos proporcionan al lenguaje, unas veces respetándolos; otras, recurriendo a alguna forma de compensación.

Este trabajo ha mostrado que el proceso de traducción constituye también un puente entre personas. En primer lugar hay que mencionar la valiosa colaboración de la Doctora en Literatura y poeta Rocío Arana Caballero, que se ha implicado totalmente en el proyecto y ha realizado la redacción poética, escuchando con paciencia mis sugerencias a lo largo de todo el proceso. Los profesores José Domínguez Caparrós y Clara I. Martínez Cantón han aportado sus inestimables consejos sobre métrica. No quiero dejar de agradecer la colaboración de mis padres, que –además de darme la bella lengua castellana– han colaborado con gusto y entusiasmo en la elección de algunos términos relacionados con el ámbito rural. En estos años ha sido un verdadero

estímulo contar también con las observaciones y palabras de ánimo de tantos amigos y de personas que se han interesado por esta tarea y han dado sugerencias o algún tipo de consejo. Deseo agradecer particularmente el apoyo y aliento de mis amigas y profesionales de la traducción Irena Balčiūnienė, Birutė Jonuškaitė y Aurelija Leonavičienė, y la inspiración que me ha proporcionado la hispanista y traductora Birutė Ciplauskaitė. Asimismo, quiero expresar mi agradecimiento al Ministro de Cultura, Sr. D. Arūnas Gelūnas, que ha seguido el proyecto con auténtico interés.

Se ha utilizado el texto de la edición de las *Obras Completas* de K. Donelaitis (Kristijonas Donelaitis, *Raštai*. Vilnius, Vaga, 1977). La mayoría de las explicaciones del contexto histórico y cultural que se han incluido en las notas a pie de página se han tomado de esa edición.

Esta obra no se habría podido publicar sin las ayudas concedidas por el Ministerio de Cultura de la República de Lituania.

CARMEN CARO DUGO
Universidad de Vilnius (Lituania)

LAS ESTACIONES DEL AÑO

LOS GOZOS DE LA PRIMAVERA



El dulce sol asciende, despierta al universo, 1
y ríe al destruir el trabajo invernal.
Se esfuman las industrias de la gélida
estación, y la nieve, evaporada, en nada se
convierte.
Los aires acarician y dan vida a los campos, 5
reclaman las hierbitas del mundo de los muertos.
Arbustos y pinares a despertar se aprestan,
y colinas y valles se despojan de blancas
vestiduras.
Unos, en el rigor del cruel otoño, hallaron entre
lágrimas la muerte;
otros sobrevivieron en el lago, pasando el largo 10
invierno,

o durmieron felices bajo un tronco:
ahora todos salen en tropel recibiendo al verano.
Emergen de sus fríos escondrijos las ratas,
los hurones.
Los cuervos, las cornejas, las urracas,
los búhos, los ratones y los topos aclaman el calor 15
junto a sus crías.
Una nube de moscas y un rebaño de pulgas se
reúnen
en bandadas con chinches y mosquitos para
acosar a todos:
disponen su aguijón para nobles y siervos.
Libre la abeja reina del letargo invernal, despierta
a su familia,
enviando a sus súbditos a ganarse el sustento¹. 20
Y brotan, al momento, por rendijas saliendo los
enjambres:
ya zumban con sus pífanos sonoros.
Las arañas fabrican su hilo en los rincones,
subiendo silenciosas, bajando laboriosas, tejen
redes de caza.
Hasta osos y lobos dan saltos de alegría, 25
y en silencio se acercan a la linde del bosque a
por la succulenta presa.

¡Qué prodigio!: ni uno de esa gran multitud
regresa a visitarnos con suspiros o llantos;
no han venido a llorar, sino a regocijarse, pues no
queda
huella de los trabajos del invierno. 30
A los campos llegó la primavera
y rezuma la vida por doquier.
Con el grito feliz de las bandadas se levanta un
rumor.
Hay pájaros que trisan con voz tenue, y otros
cantan más alto,
con alegre jolgorio a las nubes ascienden; 35
y alguno alaba a Dios brincando por las ramas:
no se queja ninguno de la exigua comida,
de la raída ropa del invierno.
Más de uno traía la cresta remendada
y alimento en los campos apenas encontró, 40
y sin embargo nadie se lamenta:
todos a una saltan con júbilo sonoro.
La cigüeña regresa, cual patrón, a su hogar.
Golpea la techumbre con su pico
y, para su contento, allí está ya su amada, 45
que emerge de la fría cáscara del invierno.
Se saludan, gozosos.

Encuentran destrozada la techumbre
y su nueva morada, construida hace apenas dos
años,
hallaron derrengada en todas sus esquinas. 50
Celosías, paredes, aleros y el tejado
volaron en las alas del viento furibundo.
Las puertas y ventanas y el umbral desgajados,
enterita la casa derruida encontraron².
Como buenos patronos, a una sola voz, 55
a arreglar se disponen de nuevo su morada:
el marido recoge las ramas necesarias
y con ellas la esposa remienda los boquetes.
Tras la dura faena y trabajo, los dos juntos
vuelan a alguna charca a pescar su pitanza; 60
y tras comer felices dos ranas y tres sapos,
contentos con su vida, le dan gracias a Dios por
el banquete recibido.
Tú también, ¡hombre fútil!, aprende a
contentarte:
saciado de alimento, no olvides a tu Dios.
Los árboles del bosque se llenan de canciones, 65
y campos y praderas resuenan por doquier.
Los cucos y zorzales corriendo juntos juegan
y alaban a su Dios con alborozo.

También las golondrinas participan del travieso
festín:
con sus alas ligeras se elevan hasta el cielo, y 70
zumban por el aire como balas.
Y toman su alimento sin aderezo alguno,
para seguir después con su alboroto.
La grulla vuela hacia las negras nubes,
rasga los aires con gemidos negros.
No son gemidos, no; son gritos de poder: 75
el poder infinito de Dios, manifestado
en el terrible canto de las aves.
Y se oye musitar a los gorriones, y a sus crías decir:
«también nuestra familia sabe alabar a Dios».
El dulce ruiñeñor permanece escondido, 80
esperando el final de los cantos sonoros.
Es por esta razón el último en cantar todas las
primaveras;
de noche cuando todos reposan ya tranquilos,
vela en la oscuridad alabando a su Dios,
y al alba, cuando nos levantamos del lecho, 85
nos despierta cantando y nos alegra.
Los designios de Dios son pura maravilla:
en el invierno, mientras en torno al fuego cálido,
apiñados y ocultos resollamos,

querido ruiseñor, ya no estás con nosotros, 90
y en apartado abrigo te escabulles
soñando con las bobas y suculentas moscas.
Y, sin embargo, ahora, cuando la primavera nos
reúne,
alegres y dispuestos a trabajar los campos,
entonces tú, afinando tu sonoro instrumento, 95
con voces de coral y dulces melodías
alivias el trabajo que comienza, suavizas la fatiga
y el cansancio.
Pero dinos, amigo, ¿por qué siempre te
ocultas,
y tan sólo de noche tu dulce canto entonas?
¿Por qué siempre escondido, con tu cuento, estás? 100
Pues todo el mundo, pobres y ricos opulentos,
los niños de pañales y los viejos decrepitos,
admiran todos tu precioso canto,
arrobados escuchan las historias de pájaros felices
que compones.
Superas el sonido del órgano y los címbalos, 105
y violines y cítaras se cubren
de un intenso rubor cuando te escuchan
y despiertas a Jorge para que los caballos aderece³.
Cuando oculto comienzas a reírte

de la tarde y nosotros, ya vencidos, 110
en el lecho caemos, eres el rey nocturno de las
aves,
deshilvanas tu canto cada vez más glorioso.
Mas cuando alguna vez vemos tu atuendo,
nos pareces humilde gorrión, pobre y desnudo.
Los sayos señoriales, ricamente adornados, 115
desprecias, los tocados ampulosos
desdeñas, y ataviado cual modesto campesino,
sencillo y bello cantas.
Cuántas veces sucede lo mismo entre los hombres
y en este mundo vemos maravillas.
Benito, tan gran necio, engreído en la ciudad, 120
se viste cada día con ropajes brillantes,
mostrando su ostentosa cresta, como si fuese un
ídolo villano.
Pero cuando escuchamos su voz torpe y oscura,
incluso un campesino se admira y, entre asombros,
escupe: más aún cuando blasfema el que viste y 125
sonríe
como todo un señor, mostrando su torpeza.
Y cuántas veces Crisas⁴, calzado con abarcas,
vestido con su ropa campesina,
bajo su humilde techo canta cual ruiseñor,

y alaba a Dios con alegría recia. 130
 Tú, simple pajarito, no te sacias como un
 señor orondo y altanero:
 nuestro graso tocino nunca fue de tu agrado,
 ni salchichas ni fritos apetece,
 y muy poco te importan nuestros bollos.
 No ansías los brebajes exquisitos ni el pastel que 135
 deleita a los señores:
 tú buscas lo sencillo, solo deseas agua.
 Pero, amigo, no olvides comer después del canto,
 y sin temor atrapa los insectos
 que zumban por la tarde: devora escarabajos,
 ricas moscas, cigarras estupendas, 140
 hormigas y sus crías, aun en larvas.
 Recuérdanos, te pido, al llegar al umbral
 del bosque a celebrar la primavera,
 diciendo: «Jor, Jor, Jorge, ¡engancha los caballos y
 corre, corre, corre!»
 Hombre fútil, aprende de él a contentarte 145
 con lo que la fortuna te depare:
 ¡Mira las aves! Esta mastica un mal gusano
 y aquella ramonea una hierbita.
 También ellas se encuentran con la flaca y
 hambrienta primavera,

mas ni una sola ocupa su tiempo en lamentarse. 150
 Hombre, a ti el buen Dios te regaló
 mucho más; ¿y te quejas todavía?,
 ¿refunfuñas en tiempo de escasez?,
 ¿rebañas el potaje disgustado y hambriento?
 Riendo estaban todos cuando sonó un rumor, 155
 y un águila majestuosa mandó
 callar a las bandadas: «cesad el gran estruendo,
 y oíd con atención lo que os quiero decir». Oyendo la llamada, las aves afluyeron
 desde cada rincón para escucharla. 160
 «¡Aquí estamos tus siervos!» –repetían, y también:
 «¿qué deseas?».
 «Nos –respondió la reina de los pájaros– averiguar
 queremos
 cómo pasaron todos el invierno terrible:
 ¿Habéis sufrido mucho? ¿Alguno de vosotros
 falleció?
 ¿Algún hurón feroz os hizo presa? 165
 ¿Os asustó quizás un fiero búho,
 o el enemigo humano prendió fuego en alguno,
 y como un asesino dispuso en la sartén
 al pobre desgraciado para hartarse?
 Indagaba así el águila, cuando la fiel cigüeña, 170

instalada en su nido igual que un gran señor,
 hizo una reverencia y dio un gracioso brinco,
 diciendo: «cuando Dios inventó nuestro mundo,
 hizo muchas criaturas diferentes,
 y a cada uno dio su alimento y vivienda. 175
 Dispuso que vivieran algunos en las aguas,
 y a otros les dio alas para surcar los aires.
 Algunos seres vivos en los bosques
 debajo de los árboles se ocultan.
 Y cuántos corretean por los campos, 180
 aletean o zumban en corrales.
 A todos el buen Dios regala su alimento.
 A veces acontecen tiempos de carestía,
 cuando por todas partes el viento se desata,
 y a la gente castiga el Creador por sus muchas 185
 maldades.
 Otras veces el hombre nos asusta
 con el fuego enemigo, y despedaza
 a los que más queremos:
 separa a los hijitos de sus padres,
 o roba una familia de pájaros trepando por un 190
 árbol.
 O finge ser amigo y echa grano,
 invitando a comer a algunos infelices,

y en sus redes atrapa al cándido animal
 que se atrevió a picar, y a tiros lo destruye.
 También entre las aves hay bribones impíos, 195
 que matan a un igual para comer:
 el desalmado halcón, el fiero búho, que es su
 consejero;
 los cuervos y cornejas y la urraca
 matan, ya lo sabemos, a muchos desgraciados.
 Pero no hay asesino entre nosotros 200
 como el hombre, que nunca parece satisfecho».

No había terminado de hablar cuando una
 voz
 desgarradora grita: «¡Socorredme!,
 ¡auxilio, por favor!» –clamaba sin cesar.
 Se apoderó el temor de las bandadas, 205
 tanto que ni siquiera el águila podía menearse.
 Tan sólo el búho gris y su amigo, el murciélago,
 osaron escaparse de sus lóbregos
 escondrijos, y averiguar así qué terrible desgracia
 sucedía.
 Había un caballero, ricamente vestido (qué 210
 vergüenza me daba recordarlo),
 ahíto de comida y noble al parecer,
 ebrio de todo tipo de vinos extranjeros.

Bramando blasfemaba y revolcándose por el
 suelo, ridículo,
 renegando de Dios, de tal manera comenzó a
 invocar
 a todos los demonios del infierno 215
 que el averno todito se asustaba
 y entre humo se abrieron sus abismos.
 Pues ya todos sabemos cómo gritan los ceñudos
 señores, maldiciendo;
 aunque también los simples campesinos van
 aprendiendo de ellos a bramar.
 «¿Qué te sucede, hombre desdichado?» 220
 –le preguntó el murciélago al señor, observándole.
 «¿Te duele la barriga del lote de caviar?
 ¿Rebosan los filetes de tu estómago?
 Pues tu tío y tus primos, como tú,
 el año antepasado se dieron tal banquete que se 225
 torcían todos de dolor,
 y explotando murieron del atracón horrible».
 Afligido por este reproche el barrigudo,
 perdió toda razón y se hinchó como un pavo,
 cometiendo catorce mil locuras:
 del cráneo se arrancaba manojos de cabellos,
 después se descuajó la mitad de la barba 230

y se arañó la cara con uñas retorcidas.
 Pero esto no fue todo; tomando su dinero,
 derribó con los pies las viandas y la mesa,
 y al momento cien perros salieron de mil sitios
 distintos a lamer los caros guisos, 235
 los succulentos platos derramados.
 Pero aún no bastó: desesperado,
 tomó un cuchillo grande para cortarse el cuello.
 De la visión atroz tuvo miedo el murciélago:
 se quedaron inmóviles sus alas membranosas. 240
 El búho, aterrado, regresó hasta su nido
 y desde entonces llora por el pobre infeliz,
 y este raro suceso relata suspirando
 en las oscuras noches de tormenta.
 «Escucha –dijo Lauro, apoyado en su bastón–, 245
 ese tonto de Bláber sólo dice bobadas:
 como si cada día estuviera saciándose el señor,
 holgando en la ciudad sin inquietud alguna;
 los tontos, cuando ven mansiones opulentas
 y oyen el traqueteo de flamantes carrozas, 250
 suponen que el señor, vestido con ropajes
 llamativos,
 se alegra cada día cual ángel en el cielo.
 ¡Ay, amigo! Los listos filósofos lituanos

no parlotean tanto cuando guisan sus sabrosos
 potajes
 ni cuando están tejiendo sus abarcas para ir de 255
 visita.
 Tamaña estupidez, cuando el criado de
 Gaspar, ese Milcus con pinta de señor,
 se inclina ante cualquiera, y a los simples
 campesinos los tiene por ceba de los puercos.
 ¿Por qué levantas la nariz, inútil? ¿Olvidas que
 pastor eras el año
 pasado, cuando echabas de comer a los cerdos de 260
 Bláber
 y hacías con abarcas las tareas serviles?
 ¿Olvidaste que cuando tú gradar no querías,
 con un látigo Frico, como un buen caporal,
 te calentaba bien las posaderas?
 ¿Recuerdas cuántas veces tu padre, que cosía 265
 zapatos, golpeaba tu espalda con la horma,
 y tu madre enojada te daba bofetones?
 Y ahora como un gallo presumes y te enfadas
 si pasa el campesino por tu lado
 y, al ver tu reluciente espada nueva, 270
 no se quita el sombrero con silencio asombrado
 o no quiere inclinarse como a ti te parece.

¡Aprende ya, mocoso, a encender la candela
 y a dejar relucientes las botas del patrón!
 Bien sabes que te tiene por imbécil, 275
 que con bastón te mide las costillas.
 Ni el “té” sabes hacer, ni a preparar “café” siquiera
 has aprendido:
 ¡cálzate las abarcas y vuelve a tu lugar!
 Oye cómo las cabras de Bláber, tan hambrientas,
 mirando entre rendijas gritan tristes, pidiendo su 280
 forraje.
 Dinos, ¿por qué dejaste la piara de los cerdos?
 ¿No recibías todo lo que necesitabas?
 ¿No eran generosas las manos de tu dueño?
 Te recogió en su casa cuando tú no tenías ropa
 con qué vestirme, ¿lo recuerdas?
 Hasta limpió tu pelo de piojos, y te enseñó a 285
 servir, a alimentar marranos.
 Y cuánto sufrimiento y lágrimas vertidas
 hasta que te atreviste a sacar por la cerca
 a su cerdo manchado con las cinco cochinas.
 Y ahora, ¿te avergüenzas de su casa,
 imbécil, y desdeñas un nombre tan honrado? 290
 ¡Silencio, petimetre!; dentro de poco puede
 cambiar tu suerte y, cuando esto ocurra,

cuando Dios te castigue, ¡mendigarás llorando!».
 Entonces habló Frico:
 «Un jovenzuelo, haciendo el tonto, salta como el 295
 mercurio en un cristal, tan ágil;
 pero termina por hacerse daño por culpa de sus
 juegos insensatos.
 Así nosotros, cuando éramos unos críos,
 hicimos toda suerte de bobadas.
 De niños, reunidos a montones en las calles
 jugábamos tramando mil diabluras.
 Por este lado un grupo, cabalgando en un corcel 300
 cosido de bastones,
 volando como tontos saltaba por el barro,
 y otros zumban sus látigos de entrelazado
 esparto,
 corriendo aquí y allá, casi desnudos.
 Y las niñas, apenas levantaban un palmo,
 y ya se fabricaban muñecas de colores 305
 y mecían sus rorros en los brazos cruzados.
 Pues ya sabemos cómo disfrutaban el verano
 los niños: en sus juegos se confunden
 los hijos de señores y los simples
 campesinos, que ruedan por el suelo mezclados 310
 y comparten un mismo lodazal.

Y los ricos golpean a sus hijos con una vara igual
 a la del pobre
 cuando, como otros niños, se mean en el lecho.
 El otro día fui a casa de Gaspar:
 junto a su verja nueva, descubierto, 315
 aguardé para ser presentado al señor.
 De pronto vi que una mujer pasaba con pies
 veloces y ademán cansado.
 “Oye, Greta –le dije–, ¿qué te ocurre? ¿Adónde
 vas tan apurada?” “¡Ay!,
 es nuestro amable señorito”, dijo
 sin dejar de correr hacia el arroyo, 320
 donde lavó de prisa sus manchados calzones.
 Yo, todavía abochornado, vi
 a Crisas encogido. Joven –le pregunté–,
 ¿es que nuestros golfillos no cometen esas
 mismas diabluras?
 Las pobres aldeanas a sus bebés envuelven 325
 con andrajos
 y en pañales los meten en un rincón oscuro;
 ya sabes cómo crían los siervos a sus vástagos.
 Las señoras adornan a sus nenes con mimo,
 en almohadones de seda los acuestan.
 Y, sin embargo, cuando algo malo sucede, 330

vociferan sus hijos con horror, al igual que los
nuestros.
Es así en todas partes: desde que existen niños en
el mundo,
su ocupación primera fue llorar y penar.
Ni uno solo ha salido de la cuna
sin haber derramado alguna lágrima. 335
Ahora ya de nuevo, con la ayuda de Dios,
sentimos que regresa el cálido verano.
Contempla cómo viste su desnudez la tierra,
cómo se regocija cada cosa.
Los pájaros del cielo, reunidos 340
en bandadas, se alegran y ríen todos juntos.
Y algunos de ellos ponen huevitos y los cuentan.
Pero veréis cuando los huevos puestos
empiecen a gorjear y ya al crecer no os den descanso
y se marchen del nido con gratitud escasa por 345
todas vuestras penas.
A ellos les sucede lo mismo que a nosotros;
ni uno solo se libra del llanto en este mundo.
Pues nosotros también, cuando aún no
sabíamos
ni pronunciar las letras, ya causamos a nuestros
padres múltiples congojas

hasta que ya aprendimos a jugar y a correr. 350
Luego fuimos creciendo, y empezaron
trabajillos y penas a labrar nuestra vida,
y nuestros caballitos y muñecas fueron quedando
atrás. Así ocurrió.
Es otra cosa cuando, con atuendo
de pastor, hacia el prado conduces el rebaño, 355
o cuando tantas lluvias torrenciales calan tus
pobres hombros.
Y cuando luego tienes que gradar
y rehúyen tus órdenes los bueyes: el berrendo no
quiere trabajar, y el careto tampoco,
puedes imaginarte lo que sufre tu alma.
Y cuando luego llegan los bebés, 360
y se llena tu mente de bobas inquietudes...
Sabes ya cómo pesa cuando tienes a tu cargo un
buen lote de tiernas criaturas.
¡Oh, Adán!, primer hombre en este mundo
caprichoso, con Eva causaste grandes males
al probar a escondidas los prohibidos 365
frutos, en la primera primavera.
Tu Dios te reprendió, maldiciendo la tierra
te expulsó del jardín por ese crimen
y te ordenó comer el pan con el sudor

de tu frente. Desde ese aciago día, 370
 envuelto en pieles, corres por los campos
 de la terrible oscuridad huyendo.
 También cuando pecamos nosotros es horrible,
 también nos ocultamos y corremos de un lado
 para otro.
 A ti, nuestro primer padre, tus descendientes 375
 trajeron maravillas, pero también desgracias:
 como nuestros golfillos, te volvían
 loco, pero de aquellas criaturas crecieron
 multitudes.
 Eva y tú no teníais aún idea
 de cómo vuestra raza poblaría 380
 el mundo y cuántas penas os iban a causar.
 ¿Qué pensaría Eva cuando oyó
 los primeros vagidos de su hijo,
 o la primera vez que le limpió el culito
 y malamente envuelto lo metió en un camastro? 385
 Pero poca alegría habréis sentido
 cuando vuestro retoño apareció en el campo,
 se irritó, y un hermano mató al otro por odio.
 ¡Adán!, por transgredir la ley de Dios,
 sobre todos los hombres derramaste penurias. 390
 A nosotros también, como a ti, la desgracia,

apenas vislumbramos este mundo,
 desde la cuna hasta la tumba acecha.
 Pero entonces, ¿qué haremos? Contentarnos
 con lo que nuestro Creador disponga. 395
 No siempre hay que penar; hay también unos días
 en que, tras agotarnos, nos llega la alegría.
 El rigor del invierno ya se aleja
 y se abrevia el rumor oscuro de las noches:
 contempla el solecito: sube y seca los campos, 400
 animando a las hierbas a emerger con su brillo.
 Dentro de poco brotarán las flores y su perfume
 gozaremos todos
 celebrando la hermosa primavera.
 Pero el trabajo amargo nos cansará de nuevo:
 ¡Cuánta dura faena nos aguarda! 405
 ¡Cuántos silos tendremos que llenar
 con lo que no ha brotado aún en el granero;
 y cuán larga la espera para el rico potaje!
 Sin embargo, ¡adelante!, sin temor,
 y contemplando la divina mano, 410
 ¡vamos a prepararnos poco a poco
 a acometer nuestros trabajos, sin asustarnos de
 lluvias torrenciales,
 y sin que nos alarmen toda clase de vientos!

¡Vamos raudos a hacer nuestras labores!
La arada quiere goldes y teleras y rejas; 415
y al trillo le hacen falta mulos alimentados.
Pues los caballos deben desmenuzar aquello que
los bueyes roturan.
«Al menos otra vez
–el Poltrón fue diciendo– con la ayuda de Dios
pudimos descansar y dar reposo a nuestros 420
pobres huesos doloridos.
¡Y cuántas veces, ay, sin recordar pesares,
roncaba yo tendido y tapadito junto al fogón
caliente!
¡Ojalá se alargaran las noches del invierno
o dormir fuera siempre nuestro oficio!
Pero, Dios nos ayude, nos aguarda el verano: 425
montones de trabajo nos afligen.
¡Ay de mí! Triste llanto me anega ya los ojos;
y esta mujer –ya sabes cómo son las mujeres–
está mohína y llora, frotándose las manos.
Gimiendo y lamentando la desgracia, 430
yo le digo: Querida, por una vez intenta
no llorar; pues hay tiempo para hacer las faenas.
La vieja rueda gira lentamente
pero funciona y dura mucho más que la nueva,

que por girar deprisa con frecuencia se rompe. 435
Hasta un flojo rocín, pasito a paso,
soporta muchas veces una pesada carga
y la lleva más lejos que un ligero corcel, que trota
y salta,
y termina, por eso, lastimándose.
Y el vendedor de breas su género reparte 440
yendo por los cortijos en su chirriante carro, y
todavía gana buen dinero.
¡De qué sirve que un tonto campesino, corriendo
desde el alba al ocaso se fatigüe!
Nunca mi padre Cobo se comportó con
esta estupidez;
y a él su propio padre Esteban le enseñaba: 445
“¡Niños!” –gritar solía, tumbado en una estera,
tapado con un saco basto y medio borracho,
como un siervo.
“Niños, ¡mucho cuidado con las nuevas ideas!
Seguid viviendo como vuestros padres
han vivido: prudentes, no corráis, 450
aprended a cuidaros en vuestra juventud;
así tendréis reservas en las horas aciagas”.
El buen consejo de mi padre sigo,
y siempre sus palabras honraré, mientras viva».

Cuando los campesinos hubieron escuchado 455
semejantes dislates, de él se avergonzaron,
pero Frico, valiente, replicó:
«Escarabajo, ¡vete con los otros insectos!
Que ensuciando tu casa cada año,
te has causado a ti mismo y a todos los lituanos 460
tal vergüenza.
Yo, cuando el buen señor me ordenó pedir
cuentas,
sabes que calenté tus posaderas,
tanto que tus andrajos quedaron inservibles.
Y cuántas veces casi te desuella entero el
comisario, y apenas te arrastrabas.
Inútil desgraciado, tú solo te atiborras hasta 465
hartarte,
¡devoraste tu tierra, tus cercas y tu casa,
y no te da vergüenza arruinar a tus hijos!
De vosotros, en cambio, honrados
campesinos,
ni vuestras laboriosas mujercitas ni yo tenemos
nunca
que avergonzarnos cuando en los cansados 470
trabajos removamos el estiércol.
Pues los Primeros Padres, tras perder

su inocencia primera, ganaban el sustento
trabajando.
Y Dios nunca nos dijo: “sin esfuerzo comed”:
en este mundo no hay lugar para los vagos. 475
Cuando la panza hambrienta desea comer rico,
hemos de menear antes el cuerpo entero.
Agarremos, por tanto, cada cual nuestro
buey,
y tras engalanarlo⁵, hagamos que obedezca
nuestras órdenes:
todo lo que pensó durante el frío invierno, 480
durmiendo en el establo nos tiene que narrar
cuando vuelve el verano.
Y tú, bobo Tinico, ¿de qué te estás mofando?
¿Acaso tiene gracia que los siervos tengan que
prepararse para el duro trabajo?
Ya veo que no sabes todavía lo arduo que es un
buey pinto cuando se obceca,
o si el hosco retinto apenas si se arrastra. 485
Pero ya aprenderás cuando el apoderado
descargue buenos gritos y desate su lengua
viparina.
Y tú, Puquis, inepto, apercíbete bien
al arar la besana de Gaspar.

Pues como un asesino cada año atormentas 490
a la res y, bellaco, la extenúas.
Es de lástima ver, si el mayoral
saca al prado tus bueyes, cómo gimen:
uno apenas sostiene el cuerno que le queda,
y el otro, sin el rabo, se arrastra a duras penas. 495
Un día el comisario quiso ajustar las cuentas,
y preguntó enojado: “¿qué sucede
con estos pobres bueyes?” “Púquis los hizo
polvo”, Pánfilo respondió.
Canalla, ¿te das cuenta de lo que estás haciendo?
¿Es que te faltan sesos para portarte así? 500
¿Cómo te sentirías si un día tu buey pinto
te obligara a arrastrarte y a tirar del arado
y, una vez que te hubiera ya agotado,
te diera de comer una sola gavilla
y al final te llevara al matarife? 505
¿Cómo te sentirías si, enganchado
tal como un animal, tuvieras que arrastrar el arado?
Agradécele a Dios que tus dos bueyes,
colorado y lucero, te ayuden trabajando,
y que los mulos no se te resistan. 510
Cuando el retinto vago no quiera arar la
tierra,

úncele la coyunda por los cuernos:
castígalo, que tiene que obedecer, pues come
de tu forraje y bebe en el estanque.
Pero no lo golpees sin motivo: 515
si lo haces, la bestia serás tú.
Es manso y, si lo azuzas, por un magro forraje
bajará la cabeza y arrastrará el arado,
tanto que su rosada lengua cálida
colgará de su boca como tripas. 520
El buey con mucho esfuerzo se gana su
forraje
y en tiempos de escasez con ruegos lo consigue.
Lo mismo nos ocurre a nosotros, amigos:
cuando el duro trabajo nos abate,
hemos de contentarnos con comer algo apenas, 525
y bebemos el agua de la charca
donde insectos y ranas retozan a su antojo.
Pero no te preocupes, no llores ni te aflijas:
tanto da con qué sacies tu barriga de pobre
si te regala Dios buena salud. 530
Por lo tanto, traguemos un bocado peor,
hasta que en el otoño podamos disfrutar
comida más sabrosa.
Mira: los becerritos brincan en la pradera;

lechones y corderos maman pataleando. 535
 Las cluecas cacarean en sus nidos al poner tantos
 huevos.
 Guarda un poco y pronto los pollitos
 coloreados aparecerán,
 porque están cloqueando las gallinas.
 Mira: ya los gansitos salen del cascarón, 540
 se regocija el ganso mirando a sus retoños.
 Todo tipo de carnes y manjares sabrosos
 aparecen de pronto por todos los rincones.
 ¡Procuremos arar los campos con tesón,
 amigos y vecinos! Y sembrar las semillas del 545
 verano:
 no es bueno alimentarse de grasa solamente,
 también necesitamos rebanadas de pan
 cuando alegres freímos el tocino.
 Y mientras celebramos así la primavera
 no olvidemos el año que espera agazapado: 550
 que cada día, al consumir su pan,
 procure recordar las jornadas que siguen».
 Habló Morcón: «Es cierto que lo que
 cosechamos en el año pasado
 y dejamos, gozosos, reservado en una esquina
 para el uso diario,

en invierno termina de acabarse. 555
 Nuestros buenos graneros, donde estaban
 almacenados todos esos ricos tesoros, yacen hoy
 desiertos, desprovistos
 de alimentos. Barriles rebosantes
 de gachas⁶ para hacer un guiso había,
 y ya no queda nada: 560
 rincones donde nabos y patatas
 estaban reservados, hoy vacíos están.
 Ya no sabemos qué guisar tampoco,
 ni cómo silenciar nuestro apetito.
 ¡Oh jamones, salchichas y tocino! 565
 lloramos recordando vuestras muchas bondades».
 «Chitón –replicó Frico, diciéndole en
 lituano–:
 Necio, te quejas siempre por no tener comida.
 Y el culpable, ¿quién es? ¿Y por qué en el otoño
 engulles tus reservas de comida de forma tan 570
 salvaje que ni un cerdo
 te queda cuando llega San Martín?
 Ahorra, desgraciado, mientras guisas una cazuela
 grasa,
 y no tendrás que hacértela magra cuando regrese
 el verano.

Vuelve de nuevo al tajo, ganando tu comida,
 faena con tesón para los días grises del otoño. 575
 Da a la tierra lo suyo si quieres beneficios,
 el campo no da fruto si no recibe nada.
 Pues sin necesidad de nuestra ayuda crecen
 la cizaña y el cardo, las ortigas y zarzas,
 sin embargo el granito nunca crece si no lo 580
 siembras tú.
 Solo abres la boca para hartarte de carne,
 desdeñas remolachas o la sopa de coles.
 Por eso cada año, después de devorar
 tus reservas te arrastras enfermo y medio muerto.
 Ve, necio y siembra todo 585
 lo que puedas sembrar:
 cebada y alforfón, y buen grano de avena,
 pues esperas tus gachas, y tus mulos su pienso.
 Siembra una buena haza de guisantes,
 que darán buen sabor a tu cazuela 590
 y proveerán sustento durante todo el año.
 Al cáñamo destina una pequeña parte;
 no te arrepentirás, pues es muy necesario.
 ¿No encuentras agradable trenzar tu propia
 cuerda
 y guardar tu dinero en el bolsillo? 595

Y siembra tanto lino como desee Greta,
 no te sulfures contra las mujeres:
 sabes que necesitan el lino para hilar».
 No censures, te ruego, sus costumbres:
 ¿no es siempre una delicia escuchar el jaleo de las 600
 ruecas
 de las amas de casa en el invierno?
 Cuando Greta, después de hilar, blanquea
 los lienzos, contemplarla es todo un gozo,
 y ver cómo separa lo tejido,
 y guarda algún retal para hacer paños. 605
 Si todas las mujeres fueran tan hacendosas,
 no veríamos pobres en las calles
 desnudos, pues los siervos se vestirían siempre
 como un señor y no repararían en sentarse junto
 a los alemanes,
 ni los mismos franceses nos toserían nunca. 610
 «Lo dicho es verdadero –siguió Frico.
 Yo, como caporal, cuando cabalgo
 en los cortijos veo a las amas de casa,
 cuando en el gris invierno se reúnen en torno a la
 labor, y juntas hilan?
 y sé que muchas de ellas apenas se sonrojan si la 615
 rueca

abandonan por culpa de sus charlas.
 Hablan sin detenerse cuando deben hilar,
 y se olvida la mano de devanar el copo.
 Con la risa, los pies cesan de darle vueltas a la
 rueca,
 y entre chanzas transcurre el frío invierno; 620
 llega la primavera, tras ella el veranito,
 y encuentran los trabajos sin hacer.
 Entonces, Jeque y Femi se disponen a preparar la
 urdimbre,
 pero ¿con qué tejer si nunca hilaron?
 La casa entera sin un hilo está, 625
 los niños corretean por las calles, desnudos,
 y el marido no tiene calzón para cubrirse».
 ¡Ah, mujeres inútiles! Para vosotras lanzo
 estas palabras.
 Mas vosotras, amigas, buenas amas de casa,
 no debéis sonrojaros por lo que aquí se ha dicho; 630
 dejad que las mujeres holgazanas se cubran de
 vergüenza.
 Honradas sois vosotras: vuestra rápida rueca, con
 su alegre girar
 devana el rudo copo de la estopa y el lino.
 Honradas sois cuando el telar viajero

traquetea temprano en primavera; cuando la 635
 lanzadera y el carrete dan golpes al saltar.
 Honradas sois si todos los tejidos
 hechos por vuestras manos relucen como nieve,
 nieve de primavera sobre los verdes prados.
 Pero no os olvidéis de las otras faenas,
 pues las hazas aguardan en los huertos.
 Así que abandonad el trajín de las ruecas 640
 y apartad los telares a una esquina.
 Asid los azadones con vuestra grácil mano.
 Mirad cómo los topos ya remueven la tierra,
 os urgen a sembrar el huerto de verduras.
 Pues tiene la barriga varias necesidades 645
 y no desea solo ser vestida por fuera:
 también por dentro quiere disfrutar.
 Las desnudas barrigas os harán reverencia
 porque no escatimasteis esfuerzos en vestirlas
 y habéis tejido blusas, camisas y calzones. 650
 Pero honrarán aún más vuestra bondad
 cuando, sentados todos a la mesa con sus nuevos
 atuendos,
 disfruten de la olla y el tocino.
 Sembrad, pues, toda clase de semillas:
 plantad en abundancia coles y zanahorias, 655

chirivías y nabos, remolachas y rábanos.
¡No olvidéis cultivar, sembrar ni escardar
suculentas patatas y deliciosas berzas!
Y faenando así, disfrutaréis la alegre primavera,
hasta que el cálido verano llegue y os reclame 660
con otros mil trabajos.

Basta.

LAS LABORES DEL VERANO



«¡S ALUD, hermoso mundo, que terminas de 1
celebrar la alegre primavera!
¡Yo te saludo, hombre, que recibes el radiante
verano,
que has gozado las flores y has bebido su olor!
¡Quiera Dios que contemples todavía un sinfín
de bullentes primaveras,
y que, llegando a ellas, las disfrutes con júbilo y 5
salud!
Concédele eso, Dios, a todo aquél que ama
nuestra tierra
y al que, hablando lituano, brega en la
servidumbre.
Concédeles, ¡oh Dios!, que cada año vean la
saludable primavera,

y, tras ella, también el alegre verano».
 Palabras de saludo que profería Frico un poco 10
 antes de Pentecostés,
 convocando a los siervos a la dura tarea.
 Un cuerpo vigoroso, que emprende sus
 trabajos
 contento y ágil, es un don de Dios.
 El que, tras ardua brega y agotado,
 toma sus breves viandas con placer 15
 dando gracias a Dios con júbilo sincero,
 y alegre, sano y fuerte, duerme toda la noche,
 es mejor que ese otro, acicalado,
 pero lleno de achaques, que agarra la cuchara
 resoplando.
 ¿Qué importa si Miguel, mostrando al mundo 20
 su abultada barriga, hinchado cual burbuja,
 cual canalla se inquieta por afanes de polvo,
 pero luego se asusta, como Caín, del cielo?
 Si Benito, desnudo junto al arcón repleto,
 de rodillas, gimiendo, ¡alaba sus tesoros!, 25
 mas luego como un pobre que no saca del cofre
 ni una sola monedita,
 sorbe su desabrido guiso insulso
 y a diario se presenta con harapos, ¿qué importa?

Y es que nosotros, pobres lituanos con
 abarcas,
 no podemos medirnos con los grandes señores, 30
 pero tampoco estamos obligados a padecer sus
 males.
 Pues ¡cuántos en sus casas solariegas sollozan
 ahora que el verano nos visita!
 Uno sufre de gota, gritando como estúpido,
 y el otro llama al médico, llorando. 35
 ¡Ay! ¿Por qué las dolencias atormentan
 a los señores tanto? La Pelona, impaciente, los
 reclama.
 Se burlan del trabajo campesino,
 su alimento es pereza cada día.
 Y nosotros, labriegos, tenidos en muy poco; 40
 nosotros, que sorbemos solo suero de leche,
 alegres y esforzados, corremos a buen paso.
 Y cuando algunas veces una lasca
 de tocino lituano endulza nuestra boca,
 entonces el trabajo nos va de maravilla. 45
 Dijo Lauro, apoyado sobre el bastón torcido:
 «Dios quiso regalarnos salud en primavera,
 y todos vigorosos llegamos al verano.
 ¡Mirad el solecito, cómo frena su ascenso,

y hace rodar su rueda candente hasta lo alto, 50
 cómo juega sentado sobre el límpido cielo!¹
 Mira su resplandor, alimentando llamas,
 cómo agosta las flores de la tierra,
 y en pasto ya convierte su espléndida belleza.
 Nuestras pobres hierbitas se han marchitado tanto 55
 que se doblan, vencidas como caduca anciana.
 Y cuántas, arrancadas por la mano del hombre,
 apenas disfrutadas, perdieron su belleza
 y fueron arrojadas, inútiles y mustias.
 Y lo mismo sucede a nuestras aves: 60
 los alegres gorjeos del ruiseñor y el cuco
 y el travieso vaivén de las alondras,
 todo llega a su fin o ha terminado ya.
 Y muchas criaturitas nacidas en el nido,
 vacío lo dejaron y se alimentan solas, 65
 y pían emulando los cantos de sus padres.
 Un mundo nuevo surge en breve tiempo.
 Viendo esas maravillas, igual que un
 hombre viejo,
 exhalando un suspiro, exclamo acongojado:
 ¡Qué despreciable es la edad del hombre! 70
 Lo dijo el Rey David: ¡somos tan débiles!
 Como el heno del campo florecemos.

Cada hombre al nacer es como un tierno
 brote del cual emerge la pobre florecilla,
 y después, marchitándose y perdiendo sus pétalos, 75
 da su fruto y termina así sus días.
 Ese es nuestro destino, humildes criaturas.
 El señor como el siervo, berreando en la cuna,
 muestran tan solo un pobre capullo de la vida
 venida.
 Y cuando llega el tiempo de florecer, jugamos 80
 tontamente gastando nuestros días alegres.
 El señorito danza con gesto señorial,
 y el rudo campesino faenando;
 pero cuando comienza a despuntar la barba,
 y hay que asumir tareas exigentes, 85
 desaparece pronto la pueril diversión.
 Y cuántas veces, cuando aún saltan los niños,
 se presenta la Parca para herirlos
 con fiebres o viruelas agresivas.
 Para mozos y mozas afila su guadaña, 90
 sin conmoverse al ver su joven rostro,
 y sesga ciegamente las trenzas y sombreros,
 y toda su belleza en nada se convierte.
 Mira cómo la breve vida humana,
 tal como las hierbitas, apenas brota, muere». 95

Ya en las últimas sílabas, vieron al comisario,
que vino a maldecir con bruscos aspavientos,
tan grandes que temblaba el mundo entero.
«¡Por todos los demonios!» ¡Considéralo, hombre!
¿Por qué profieres tales juramentos? 100
¿El mismo Satanás te ha llenado de rabia?
¿Por qué truenas, bellaco? ¿Qué mal te sucedió?
Mas la furia crecía y llegó a tal extremo
que se turbaron todas las aves bajo el cielo.
Corría el zorro astuto, el rabo entre las patas; 105
y al conejo faltó tiempo para esconderse,
alzando las orejas temblorosas.
Hasta sapos y ranas se alarmaron
tanto que con sus crías hacia el agua saltaban.
Los ratones y búhos, desmayados, 110
ante tales horrores se escondían;
y del techo caían los gorriones.
Oíd: así maldijo ese malvado.
Dijo Salmas: «Ya existen demasiados impíos
en el mundo,
en cuyas lenguas, ¡ay!, danzan todos los diablos. 115
Al despuntar el sol, ese cretino
ya no sabe o no quiere rezar sus oraciones,
y despierta asediado por diablos y demonios.

Y después, maldiciendo así toda su casa,
con iras infernales apremia a trabajar. 120
Y su mesa a la hora de comer
la maldice en lugar de bendecir,
agarra el pan y sorbe mal el guiso.
Con los diablos trabaja desde el amanecer,
y con ellos se arrastra hasta la piltra cuando llega 125
la noche.
Que un gordo petimetre profiera maldiciones
no es de extrañar, pues se ha vendido al diablo,
y del cielo se mofa, y se avergüenza
de nuestros rezos: como cualquier bestia
la diña, revolcándose en el lodo. 130
Un palurdo, que apenas come suero
y se arrastra abatido del cansancio...
que emprenda sus trabajos maldiciendo:
es tal horror que me estremezco todo,
con los pelos de punta, y así sucede siempre». 135
Así se maravilla, cuando cruje la puerta
y Frico, el caporal, hace su entrada.
Leyendo con premura una orden, exclama:
«He aquí que mañana nos envía el patrón
y ordena que deprisa el estiércol saquemos de sus 140
cuadras.

Prepare cada cual su carro; venid presto
 con horcas y con ganchos, siervos, a trabajar.
 Pues ya todos sabéis qué significa
 sacar la bosta, y cuál es la obrada asignada a cada
 uno.
 Estaré entre vosotros, si Dios quiere, 145
 y no solo por ver que sacáis la majada,
 sino para enseñaros si es preciso».

Dicho eso, salió, cual rayo, por la puerta;
 montando su caballo de cuatro años, raudo,
 quiso mostrar la orden a los demás vecinos. 150
 El día señalado, tras el amanecer,
 una gran multitud de campesinos hubo.
 El uno con su gancho reluciente y el otro con su
 horca nuevecita;
 marchan todos, alegres y veloces.
 Albas, con los adrales recién puestos al carro, 155
 y Tinico, que estrena lindas botas,
 traquetean con todos al trabajo.
 Los mozos que han trenzado abarcas nuevas
 y se hicieron polainas de paño, deslumbrantes,
 corren adelantándose, prestos a la faena. 160
 Es una maravilla, no suele ser así:
 ¿no se dice que el siervo se arrastra a su labor

y por las malas hay a veces que moverlo
 y lograr que trabaje como le corresponde?
 No hay que maravillarse, pues el dueño 165
 que estaba al cargo de este territorio
 era justo y honrado, y al recordarlo aún
 lloran todos, pues ya murió el año pasado.
 Recordar cada día su bondad, añorarle,
 es justo, y su memoria será siempre llorada. 170
 Difícil hallar otro como él en este mundo,
 pues era un caballero: considera
 cómo amaba a los suyos y todos le querían.
 Hay muchos petimetres que, al ver a un campesino,
 escupen cual si un perro contemplaran, 175
 un hombrecillo indigno de sus altas miradas.
 El difunto señor no se portaba así con sus criados:
 al pobre defendía como un padre.
 Ni una maldición osó manchar su boca;
 si alguna vez oía maldecir, 180
 sabía reprender al siervo malhablado.
 De «tú» no nos hablaba, siempre decía «usted»;
 ni siquiera al reñir olvidó su costumbre,
 pues en lengua alemana solía reprender.
 Pero cuando alababa a alguno de sus siervos, 185
 en idioma lituano dispensaba ese honor.

Te contaré, amigo, aún más,
 pues sabes, como yo, cómo la servidumbre abate
 al hombre.
 Cómo el pobre, paciente y postrado cada día,
 bajo las duras cargas de la brega respira. 190
 ¡Quién pudiera contar todas nuestras desgracias!
 Pues sabes cómo apenas llega el rudo verano,
 cualquier imbécil puede forzar al campesino.
 Alzando todo ufano su cresta en la cabeza,
 intimida Gaspar cual gallo persiguiendo a las 195
 gallinas.
 Y peor se comporta su criado Benito
 cuando queriendo, vil, parecer un señor,
 le da por maldecir entre los siervos;
 pues él quiere mostrarse más sagaz que su dueño:
 figúrate, pretende ser más alto que él. 200
 ¿Es acaso decente? ¿Es digno maltratar así al señor?
 Y si ese mentecato se mofa de su amo,
 ¿tiene algo de extraño que al criado machaque?
 Ya conoces, amigo, lo terrible del sol
 cuando te abrasa,
 y el sudor te chorrea por la espalda 205
 y la mala barriga empieza a protestar,
 pidiendo su ración de comida y consuelo.

Y ¿con qué puede el pobre campesino entretener
 sus tripas,
 si solo requesón y cortezas posee?
 Tras masticar apenas su bocado tan seco, 210
 sediento, se le antoja beber un buen traguito.
 Y si nadie le ofrece una bebida, ¿cómo
 remediará su sed? Se dirige a un estanque,
 cansado y jadeante sorbe el agua
 en la que toda suerte de ranas salta y bulle; 215
 y hete aquí que Benito encima lo aporrea.
 ¡Ay, nuestro buen patrón! ¿Por qué te nos
 marchaste?
 ¡Se acabaron contigo todas nuestras delicias!
 Todos te recordamos a diario, padrecito,
 y lloramos con tal triste congoja, 220
 que los ojos se ajan, la cabeza vacila:
 los pobres ya no logran
 trabajar como deben, recordándote.
 Tú también apremiabas al trabajo
 y castigabas, justo, la pereza, 225
 pues todo campesino debe acatar las órdenes
 y emprender sus labores cada día.
 Pero no eras capaz de despreciar al siervo:
 cuántas veces llorabas mirando nuestras penas;

y aún cuando Benito tanto nos hostigaba, 230
 tú fuiste como un padre cariñoso.
 Al llegar el momento de cosechar el grano,
 cuando nos convocaban las faenas del campo,
 a todos desvelaba tu desvelo,
 y no pegabas ojo por las noches 235
 desgranando en tus sueños nuestras penas.
 Y hasta rica bebida te preocupaba darnos,
 y ordenabas hacer mucha cerveza floja²;
 y cuando, fatigados, gimiendo faenábamos,
 mandabas al criado traernos un barril. 240
 Ay, buen señor, ¿por qué? ¿Por qué te nos
 marchaste?
 «Cállate –dijo Frico–, dejad esas monsergas;
 tened vergüenza al menos de esos llantos
 indignos.
 Con lloros y gemidos no se consigue nada;
 pues después, desquiciados y ciegos, no podréis 245
 trabajar ni criar a vuestros hijos.
 Es cierto que murió de repente, muy joven,
 en la flor de la vida nuestro patrón querido,
 y su muerte causó sinceras lágrimas.
 Es verdad que no pude yo tampoco 250
 dormir, y que las lágrimas surcaron mis mejillas.

Cuántas veces salté del lecho, sofocado por
 fantasmas,
 que con cuernos brillantes me asaltaban
 en la noche, tragándose mi alma;
 tanto, que me compré una escopeta grande 255
 para que protegiera mis sueños, bien cargada.
 Y desde entonces ya no se atreven conmigo los
 fantasmas,
 dejaron de acosarme y dejé de chillar.
 Y basta ya de historias de ranas y de búhos,
 de ratas y gorriones; 260
 dejemos maravillas y penurias
 allí donde reposan las gallinas,
 y saquemos veloces el estiércol
 del establo. Después recogeremos
 el fiemo que la fiel naturaleza nos quiera regalar. 265
 ¿De qué te ríes, bobo? ¿De mi elegante frase?
 ¿No sabes que el labriego, si quiere ver buen grano,
 debe esparcir primero un buen montón de mierda?
 También a la cazuela, cuando guisas,
 hay que añadir la sal y algunos aderezos. 270
 Sin sal ni condimentos no te tomas la sopa;
 ¿ríes al ver al siervo remover la majada
 y aderezar así el campo extenuado?

¡Agarra los aperos para esa tu labor
 y recoge contento tu oloroso tesoro! 275
 Porque la maravilla nace de cosas viles,
 y el apestoso fiemo se convierte en una bendición.
 Algún señoritingo miserable se ríe de los
 siervos:
 sonriendo el patoso desprecia sus trabajos,
 como si él pudiera vivir sin la labranza, 280
 disfrutar sus pasteles de no ser por el fiemo.
 ¡Ah! ¿cómo vivirían los señores sin nosotros, sus
 siervos?,
 ¿cómo, sin el estiércol que le da el campesino?
 Apartad el temor, si al sacar la boñiga
 tenéis que estornudar por culpa del hedor, 285
 o gemís faenando en el establo.
 La nariz melindrosa del amo se horroriza
 y levantada al cielo con orgullo se mofa;
 mas tú verás qué rápido se abajaría si
 tuviera, como un pobre, que llevarse a la boca 290
 una insulsa sopita y un puré chamuscado:
 si fuera con nosotros a bregar en los campos».

Frico, ¿pero qué dices? ¿Así hablas del señor?
 ¿No sabes que nosotros, viendo al señor de lejos,
 debemos descubrirnos con una reverencia? 295

¿Y te atreves a hacerles un burlesco ademán?
 ¿No temes que por eso te desnuden,
 te agarren por los pelos, de una viga te cuelguen?
 El mundo está repleto de tontos y de inútiles,
 y no se encuentran solo bajo andrajos: 300
 a veces ríe el bobo revestido de sedas.
 Que no te asombre oír que un elegante
 lelo dice sandeces: tan necio no sería
 si le hubieran mostrado el esforzado camino del
 trabajo.
 Y basta ya de bromas con el hediondo 305
 estiércol;
 hay algo que decir de los prados y campos.
 Hijos, apresuraos, la tarde ya se acerca;
 mañana las guadañas habrá que preparar.
 ¿Oís? La codorniz llama a la siega
 y ordena amontonar en el almiar la paja. 310
 Mañana la gran fiesta de San Juan
 celebraremos todos, como sabes;
 y al poco emprenderemos la labor en los campos.
 «Ay –dijo Crisas–, veo gran cansancio
 para finalizar nuestras faenas. 315
 Dios mío, ¿por ventura puede un pobre patrón
 salir a flote sin la servidumbre?

Escucha, hermano... Yo, yo que ya peino canas,
y además tengo harta experiencia en el mundo,
maravillas y nuevas pudiera relatar. 320
Porque Crisas, mi padre, falleció dejándome
pequeño;
y por eso mi madre tuvo que mendigar
para darme comida; y yo, pobre indigente,
tuve que apacentar los cochinos de Bláber.
Tras servir a conciencia por un tiempo, 325
agotado de hedores y de horrores,
después quise trillar y tirar del arado.
Y siendo un torpe crío, ya mostré mi valía,
y a los hombres con canas superé de zagal.
Y así, apenas miraba cualquier suerte de aperos, 330
sabía ya tallarlos con tanta maestría
que algún viejo gañán se sintió muy turbado
y evitó aparecer ante mí por vergüenza.
Es feo y vergonzoso para quien peina canas
que un mozo le supere trabajando; 335
y por ende pretende todo un tálero³
y exige su parcela de tierra⁴ sin rubor.
Ay, ¿qué fue de los buenos tiempos en los que el
siervo
obedecía en Prusia por un exiguo sueldo?

Yo, siendo todavía un niño bobo, 340
me admiré con frecuencia de que un rico patrón
ofreciera a los mozos por jornal todo un tálero.
Los mozos presumían de que su buen señor
a veces añadía seis centavos;
o de que prometiera regalar abarcas y calzones, 345
y por tanto favor mucho le agradecían.
Mas después el orgullo hizo presa en los
hombres;
lituanos y alemanes se han mezclado
perdiendo todo rastro de decoro:
ahora no soportan las abarcas bien hechas, 350
ni a las mozas les gustan las faldas estampadas.
Ya los mozos se visten como los señoritos,
con estupendas botas, y las niñas
se arreglan, sin sonrojo, igual que señoritas.
Y nuestra dignidad hemos perdido así⁵. 355
Hasta nuestras comidas de tradición lituana
algún ingrato inútil se atreve a despreciar.
Nuestros sensatos padres,
cociendo ricas gachas con leche, deleitaban
y daban a los suyos gran contento. 360
¡Cuántas veces el amo guisaba un buen potaje
espeso, y añadía algún tajito

de tocino, mas cómo le alababan los mozos
satisfechos!
Ahora, cada cual buscando carne,
devorando comida como un perro, agotan al 365
señor.
Escucha, hermano, en qué lance me
encuentro.
Llevo cincuenta años, sin ahorrarme esfuerzos,
gobernando mi casa honestamente:
sabía complacer a siervos y señores,
pero a mi servidumbre no acerté a contentar. 370
Pues la tacañería tengo por mezquindad, y
cuando guiso,
preparo grandes ollas, corto gruesos pedazos.
Así, no es de extrañar que no logre pagar
el tributo bendito algunas veces,
y me riña furioso el cruel apoderado; 375
es lo que me ha ocurrido. ¡Ay, dichosa gabela!
Pero ¿cómo pagar al señor lo debido
cuando mis viles siervos todo lo devoraron?
Será ya menester el mendigar.
Pues una gran manada de vacas y de ovejas 380
llevo descuartizada junto a bueyes y puercos:
¡ni sus pellejos sé dónde colgar!

Anteayer maté un buey para que coman
y de él quedan los cuernos solamente,
los huesos y la piel, vergüenza da decirlo. 385
Están aún ahítos y ya se les antoja la ternera,
y me exigen que pronto les prometa
sacrificar el último y único becerro.
Con el jornal lo mismo sucede cada año.
Un mico apenas sabe ni llevar los calzones 390
y muchas veces sin abochornarse,
como un desvergonzado —no te asombre—,
empapa cada noche su lecho con orín...
ni cinco cerdos sabe criar, y pide un tálero
si le ofrezco un empleo medio en broma. 395
Y entre los mozos hay algún que otro haragán
que no distingue el trillo del arado
y no se atreve a asir los cuernos retorcidos al
becerro;
y si algún toro empieza a mugir fuerte,
del miedo que le entra le tiembla el cuerpo entero... 400
y ese bobo presume con frecuencia
de sus trabajos pícaros y sucias travesuras,
y si no le prometes el jornal que desea,
se enfada aún. ¡Intenta tú ofrecerle
diez táleros al año, con generosidad...! 405

Exige todavía su sembrado,
 lo escucharás después, ese creído.
 Pero cuando hay faena, ocurren maravillas.
 Ya devora el ladrón jugosa carne
 y trinca en abundancia la más dulce cerveza, 410
 y puedes contemplarlo tumbado tras la cerca
 o desplomado bajo el cobertizo.
 A veces los ruines se ocultan de tal forma
 que hallarlos es tarea inabarcable.
 Y ya puedes gritar vociferando: 415
 “Jacobo, Hansen, Juan, es tarde, ¿dónde estáis?
 Anochece y no habéis pegado golpe.
 Ya todos se congregan igual que un hormiguero
 corriendo cada cual a su faena;
 y vosotros, granujas, ¿entregados 420
 a la simple pereza? ¿Qué será de nosotros?”
 Si esperas que al oír tu voz den un gran salto
 y respondan veloces al patrón,
 ¡ni lo pienses!, que siguen tumbados y se ríen los
 canallas.
 Y si les amenazas, con motivo, discuten 425
 maldiciendo.
 Hasta te pegarían, si pudieran. Ya sabes
 cómo el año pasado un vagabundo

tras beberse una pinta de coñac en Jomarkas,
 de rabia casi me despluma el cráneo.
 Después el asesino me pegó tal paliza 430
 que me dejó postrado: tan grande fue la tunda
 que trabajar no pude en dos semanas.
 Estas cosas te ponen los cabellos de punta».
 De repente un tropel interrumpió las quejas
 de Crisas: «corre, salta, rastrilla y acarrea». 435
 Los campos empezaron a bullir,
 y patronos y mozos esforzados se pisaban,
 segando, los talones.
 El mundo, reunido en la batalla,
 parecía llevar sus espadas y sables a los prados.
 Por doquier la guadaña hacía estragos 440
 causando un gran lamento por los campos,
 pues aquello fue el fin de muchas flores
 que apenas se mostraron en capullo.
 Muchas aún jugaban como niños pequeños,
 mas otras ya con barbas canas temblaban. 445
 A todas la guadaña rasuró, vaciando
 los prados de los pobres campesinos;
 solo seguía intacto el campo de Plauchunas.
 Plauchunas, el inútil, en el año pasado en
 casa de Gaspar

después de la faena⁶, tragó tanto 450
 que luego, dando tumbos por la noche,
 perdió su afiladera nueva y una guadaña,
 y a casa llegó apenas cuando ya amanecía.
 Después durante el día durmió como un tunante
 y de hallar lo perdido ni pensamiento tuvo, 455
 hasta que fue llamado para la nueva siega.
 Entonces echó en falta su guadaña,
 y en su busca marchó gimiendo y maldiciendo;
 como no la encontraba, aquel cretino
 descargó su mal genio en su familia. 460
 Después, horriblemente enfurecido,
 a Königsberg marchó, embridando a su penco de
 una oreja,
 para comprar una guadaña nueva.
 Y en la ciudad, saltando de alegría,
 embobado por tantas maravillas, 465
 se olvidó de comprar los aparejos
 y, vendiendo el jamelgo en la taberna,
 llegó tras dos semanas a casa derrotado,
 y su asqueroso prado trabajó
 con una hoz, a gatas y gimiendo. 470
 Los vecinos ya habían recogido el centeno,
 cocían ricas tortas y comían.

Asombrándome así, se presentó el criado
 de Gaspar, que venía con cerdos de los pastos.
 «¿Qué hay? –le pregunté–, ¿de quién son esos 475
 puercos?».
 –«Son de Gaspar –me dijo–, pero ¡calla!,
 y de Plauchunas es el centeno marchito.
 Golpea con la hoz, ese holgazán
 que se arrastra y pulula como un escarabajo».
 Ay, si el mismo patrón nos da tan mal ejemplo, 480
 arrastrándose cual piojo satisfecho,
 ¿qué no harán los criados?
 «Amigo –dijo Pánfilo– mozo del culto
 Bláber,
 no pienses que son solo nuestros amos
 quienes sin trabajar acuden a las fiestas 485
 y como cubas causan bochorno al campesino;
 porque ya muchos siervos se comparan con ellos;
 y lo que los señores admiran, ellos copian,
 teniendo sus monsergas por grandísimo ingenio.
 Muchos señoritingos cada día, altaneros, 490
 engullen toda suerte de ranas extranjeras;
 y saturados luego de buen vino,
 se deshonoran timándose con cartas y mil trampas.
 Pero también los siervos aprenden a engañar,

y ríen cuando Crisas miente a Crisas»⁷. 495
 «Basta de desatinos» –le dije con firmeza,
 me espantaba el furor de sus palabras.
 Dicen en la ciudad que tienen poco seso los
 labriegos,
 y que de sus trabajos y sus viviendas rústicas
 pena sienten al verlos. Pero el que así farfulla no 500
 conoce
 de cerca al campesino.
 Creedme; más de uno calzado con abarcas
 en cabeza y bondad supera a su señor,
 solo que por vergüenza calla más de lo que debería.
 Así decía yo cuando de pronto 505
 un rumor que mugía como una gran manada
 se levantó, pues hete aquí que unos rapaces
 traían la guirnalda⁸ de Plauchunas.
 Sabéis que los lituanos, recogido el centeno,
 celebrado Santiago,
 «¡con guirnalda venimos!» danzando vociferan. 510
 Los críos de Plauchunas a su papá gritaban,
 haciéndole el honor con gavillas de paja;
 pues los granos del campo al viento se esparcían
 y quedaba el rastrojo para echar al estiércol.
 Urdieron, además, una gran travesura. 515

Lauro y Martín tiraron las mozas al estanque,
 y la mujer de Lauro con la de Paculís
 empapaban a hombres y a niños con colodras⁹.
 Bañándose en el cieno como puercos,
 se despertó el furor de una pelea. 520
 Calado hasta los huesos, Lauro agarró una vara;
 su mujer y la amiga tomaron sendas palas,
 dispuestas a zurrarse. Apareció Plauchunas,
 oportuno,
 acallando ridículos enfados
 y la pendencia toda con lascas de embutido. 525
 Tras haber convidado ya a la casa,
 tras haber reunido a los vecinos,
 se dio tan asquerosa panzada, que acabó
 cayendo bajo el banco junto a los invitados.
 «Así están nuestros tiempos, se lamentaba 530
 Salmas:
 el suizo y el francés han tomado Lituania.
 También entre lituanos se encuentra algún cochino
 que, aunque en su propio idioma desdeña a los
 suizos,
 así como uno de ellos se comporta.
 Antaño nuestras gentes, todavía paganas, 535
 con trozos de madera fabricaban fetiches,

que colgados de cuerdas en los árboles
 eran idolatrados; pues no tenían Dios como
 nosotros
 y por no conocerle hacían cosas zafias.
 Y nosotros, que somos ya cristianos, 540
 ¡no nos avergonzamos de darnos semejantes
 atracones,
 que hasta los alemanes se horrorizan!».
 De repente dio un grito el capataz:
 «¿Qué miráis abobados? Parece que hay ciclón,
 y los haces de luz rompen las nubes. 545
 ¿Qué se nos da Plauchunas? Nosotros, a lo nuestro.
 Vamos, sin detenernos, a recoger el grano.
 Pues blanquean los campos y el verano termina.
 Las mieses nos alientan a disponer las hoces.
 Los guisantes se arrugan y maduran las habas; 550
 comienza a desprenderse el fruto de las vainas.
 Y estos regalitos de Dios, por los que tanto
 sufrimos trabajando... hombre, ¿no es un delito,
 no es un pecado atroz que se pierdan ahora?
 ¿Qué será de nosotros, sin guisantes, 555
 cuando se nos antoje comer en el invierno?
 La avena y el maíz han comido los pájaros
 y lo que queda ya lo arrancaron los cerdos.

Así que hemos perdido tontamente las gachas,
 y apenas probaremos el maíz ni la avena. 560
 Os urgí con razón a recoger el grano,
 y todos como sordos os negasteis:
 ahora despedíos de las gachas.
 ¿Qué será de nosotros cuando haya
 que preparar la barcia y el grano para el pienso? 565
 ¿Llevaremos al campo nuestras cestas vacías
 y, no teniendo grano que dar a nuestras reses,
 les daremos forraje sin aderezo alguno?
 Y vosotras, mujeres, ¿qué os detiene?
 ¿A qué esperáis para arrancar el lino? 570
 ¿No tenéis, pues, vergüenza cuando veis
 las hacendosas amas alemanas sacando fuera el
 lino ya cardado,
 cómo se maravillan al ver vuestra pereza?
 ¡Ah, mujeres lituanas!, ¿es que no os abochorna
 y no sentís horror ni orgullo herido 575
 al ver cómo trabajan mujeres extranjeras?
 Cuando se acerque el tiempo de hilar y de tejer,
 y no tengamos lino, ¿qué será de nosotros?
 ¿Qué ha sido de los buenos, viejos tiempos,
 cuando no se vestían las lituanas a la guisa 580
 germana

y ninguna palabra de esa lengua sabían?
 Adornadas ahora como alemanas, quieren
 hablar varios idiomas, incluido el francés¹⁰.
 Así, chapurreando, dejan de trabajar.
 ¿Cómo callan los hombres ante tal 585
 desenfreno?
 ¿Cómo podéis vivir permitiendo a las mozas tal
 desidia?
 ¿Queréis aparecer ante los alemanes
 desnudos y ridículos en sus grandes banquetes?
 Pero ¡qué mentecatos! ¿No entendéis
 que nos haréis pasar a todos un mal trago 590
 cuando mal remendados calzones os cobijen
 y os dirijáis a misa con harapos mugrientos?
 ¡Al menos sonrojaos de pasar tal vergüenza:
 forzad a vuestras damas a recoger el lino
 como Dios manda! Pues aún una parcela 595
 no han hozado los cerdos: dará para polainas,
 ya que para calzones y enaguas va a faltar.
 Ay, que Dios nos asista: ni setas comeremos,
 pues dicen que las amas alemanas
 no cesan de meterlas en el horno. 600
 Colibias, rebichuelos, migueles, robellones,
 lleterolas, cabrillas, pimenteros y niscalos:

han recogido tantas corriendo por los bosques
 que a Königsberg con setas
 se marcharon algunas para vender los frutos 605
 y así comprarse algo para ellas, guardando lo
 sobrante de reserva.
 Con lo cual, a nosotros ¿qué nos queda?
 Solo las venenosas. ¿Y qué vamos a hacer cuando
 un rico potaje
 queramos en la olla guisar, y no encontremos
 aderezo?
 Pues sabes que la seta, si la cocinas bien, 610
 sazona cualquier guiso, cualquier sopa de avena.
 ¡Ay! Lo mismo sucede con las nueces.
 Pues barriles enteros han llenado
 las laboriosas amas alemanas, vendiendo lo que
 sobra.
 Nuestras mujeres, ni una nuececilla, 615
 ni una, ni siquiera una minúscula
 tomaron las inútiles: así no gozarán en el
 invierno.
 Los hombres no apetecen esos bienes:
 aunque la casa apesten, el tabaco
 es el manjar más dulce para ellos. 620
 A las viejas sin dientes no debes ofrecerlas:

cuidado con tentarlas con algo que no pueden
 masticar.
 Según dicen, los dientes de los viejos
 ya no pueden morder esta delicia.
 Mas no por eso hay que despreciar esa cosa 625
 pequeña.
 Pues mozas y mancebos jovencitos
 florecen en elogios al masticar el fruto.
 Cuando Catrina teje adormilada
 en invierno, su dulce chasquido la despierta;
 y cuando Jeque y Femi parlotean, 630
 un buen montón de nueces metidas en la boca
 acallan de una vez para siempre su cháchara.
 ¿Qué será de nosotros cuando nuestras mujeres
 comiencen a tejer junto al fogón
 y, no teniendo nueces que mascar, 635
 detengan su trabajo, rechinando los dientes
 y en silencio la rueca no devane las hebras de
 buen cáñamo?
 Terminará el invierno y nosotros desnudos
 quedaremos».
 «Chitón –impuso Jeque, defendiendo con
 fuerza a sus vecinas.
 ¿Vamos a consentir esos insultos? 640

¿Qué cantilena es esa? ¿Por qué gritáis así?
 ¡Hombres! ¿Queréis, sin duda, amargarnos la
 vida?
 ¿Qué os importa a vosotros nuestra rueca?
 ¡Procurad el forraje del invierno!
 Se acerca ya la fiesta del Arcángel 645
 San Miguel, y con ella, la humedad del otoño;
 y en los campos el grano está sin recoger,
 y el cáñamo se dobla, herido por los vientos».
 Disputaban así cuando llegaron
 el Chispo, el capataz y el comisario. 650
 Los campesinos, viendo tan horroroso trío,
 olvidaron al punto sus riñas con el susto.
 Agarrando una vara el comisario,
 bramando horriblemente, comenzó a hablar así:
 «Oigan bien, campesinos, lo que voy a decir; 655
 que callen las mujeres y las mozas.
 Porque Nos, capataces, dueños vuestros,
 en el fin del verano y de todas las faenas,
 queremos enseñaros con amor paternal.
 Pues Dios omnipotente, que creó el mundo entero 660
 y al hombre le dotó de inteligencia
 y voluntad, cual Padre cariñoso,
 ha mostrado otra vez su generoso amor,

y nos ha regalado pan al hombre y al ganado su
 pasto.
 Porque todos sabéis qué mal andábamos 665
 de provisiones cuando el verano llegó,
 cuando acudimos todos a trabajar los campos.
 Los jamones y quesos, el tocino,
 se habían agotado y, guisando bocados desabridos,
 echábamos de menos la succulenta carne; 670
 pero de nuestras mesas faltaban el sabroso
 potaje, las salchichas y las gachas.
 Y cuando tras los hielos sentimos el calor
 y Dios trajo a la tierra otra vez el verano,
 hubo de nuevo buena comida, y ya tuvimos 675
 con qué hacernos un plato succulento,
 y todas las despensas estuvieron repletas
 y una vez más guisamos grandes trozos.
 Conque ahora, cuando finaliza el verano,
 cada cual sus cazuelas y sartenes 680
 hace sonar y así, entre tantas fatigas
 alivia el corazón y se solaza...
 Pero, hombre, no eches en olvido a Aquél
 que, mientras tú bregabas en los campos,
 te ayudó a trajinar con celestial cuidado. 685
 Las rebosantes huertas, los alegres jardines

te dieron su tesoro, y el regalo de Dios
 lo has acopiado todo en un rincón
 y lo consumirás mientras hibernas.
 ¿No es menester ahora mirar hacia lo alto 690
 y adorar muchas veces cada día
 a Aquel que te ha colmado de dádivas? ¡Vecinos!
 Esa es vuestra apremiante obligación
 y dar lo que se debe a los gentiles amos
 y lo que se tributa a las iglesias, 695
 y lo que hay que pagarme a mí cuando a caballo
 empiece a visitaros exigiendo el tributo.
 Pues sabéis que es horrible cuando los comisarios
 reprenden a los siervos con roncós juramentos.
 Cuidad de preparar las bolsas a buen tiempo, 700
 y así podréis sacar a manos llenas
 lo que es preciso dar a cada uno.
 Pues nos envía nuestro honorable señor,
 y ordena que salude a todos los vecinos,
 rogando muy de veras que os avise 705
 para que los groseros azotes no hagan falta:
 pues una enorme pena le causan los castigos.
 Ya dije lo que vine a decir, y deseo
 que cuando se celebre el pingüe otoño,
 vuestras mercedes tengan alegría. 710

Solo que no se olviden de mí ni de mi casa
cuando gocen felices en un banquete, pido.
Basta por esta vez: el verano termina,
trabajad con ahínco de cara al buen otoño».

Basta.

LOS BIENES DEL OTOÑO



DE nuevo el solecito rodando se separa de 1
nosotros,
nos deja en su veloz descenso hacia el crepúsculo.
Jornada tras jornada, su fulgor nos oculta un
poco más,
y las sombras se alargan, trepando por el cielo
día a día.
Poco a poco los vientos comienzan a agitarse 5
y ululan arramblando los restos de calor.
Por eso el tiempo es húmedo,
advirtiendo a los viejos que agarren ya sus pieles.
Confina a la ancianita y al cansado viejito al
calor del fogón,
a todos a meterse en la choza a calentarse 10
apremia, y a tomar comidas tibias y un guiso
bien caliente.

Ya la tierra anegada llora en todos sus
 rincones mojados,
 si arañan nuestras ruedas su espalda empapada.
 ¡Con qué facilidad tiraban antes dos pencos de la
 carga,
 y ahora ni con cuatro caballos conseguimos 15
 avanzar!
 Con gran dificultad gira la rueda crujiendo sobre
 el eje,
 chapotea la tierra enfangada y salpica de barro.
 Las hazas de los campos se empapan y se ahogan,
 la lluvia a todos cala hasta los tuétanos.
 Las abarcas rezuman, y los pobres zapatos 20
 al pisar reblandecen el lodo como masa.
 ¡Ay!, ¿qué fue de vosotros, días claros,
 cuando por vez primera abrimos las ventanas
 notando la caricia del rayo del sol tibio en
 primavera?
 Como sueño que vemos al dormir 25
 y al despertar es solo ya un recuerdo:
 así se desvanece la alegría con el fin del verano.
 Y ahora barrizales, revueltos por abarcas,
 como las chamuscadas gachas chisporrotean en
 el fuego.

Todo el que celebró el verano corriendo entre 30
 nosotros
 o aleteó brincando feliz sobre los campos,
 todo el que se elevaba hasta las nubes en
 ondulante vuelo
 y se alegró comiendo granitos o un insecto:
 todos nos han dejado con presteza, y se esconden.
 Los campos, enlutados se nos quedaron, lúgubres, 35
 sus encantos parecen una marchita tumba.
 La Parca se apodera de los árboles y los
 alegres bosques,
 los fieros vendavales arruinan su belleza.
 Las ramas que albergaron avecillas nacidas en sus
 hojas
 y el nidito cual cuna, en el que ya piaron y lloraron, 40
 y después empezaron a brincar entre risas,
 cubiertas ya de plumas,
 y a atrapar su alimento volando sin la ayuda de
 mamá...
 esos dulces lugares hoy yacen tan desnudos
 que al mecerse crepitan como leña.
 Donde sorbía el oso la miel entre los troncos 45
 y allí donde la osa amamantaba a todos sus
 oseznos;

allí donde los alces se aterraban de los
 sangrientos lobos,
 y enseñaban los lobos a sus crías a aullar,
 allí donde el halcón devoraba gallinas,
 y cuervos en bandadas robaban los gansitos, 50
 allí las alegrías, mirad, se han acabado de tal guisa,
 que solo los terribles cuervos adoran este
 horrendo otoño;
 hasta los pajaritos están acurrucados sin cantar,
 y duermen sin cuidado soñando fríos sueños.
 ¡Ay, belleza de huertos y hierbitas! 55
 ¡Ay, tiernas flores, gloria de tantas primaveras!
 ¡Qué fue de vuestros ricos aromas y esplendores!
 Lo que las huertas dieran, floreciendo,
 lo que brindó el verano con sus frutos, después,
 todos sus beneficios pusimos a recaudo en un 60
 rincón,
 y ya lo cocinamos en sartenes y gozamos
 comiéndolo.
 Balbuceantes patos y gansos, id al agua
 antes de que los ríos se congelen.
 Y vosotros, gallinas y gallos, que jugáis en el
 estiércol,
 corred, picotead al menos otra vez. 65

Y no penséis que son vuestros cantos hermosos
 los que os ganan comida en los corrales;
 solo por vuestra carne suculenta vuestro timbre
 alabamos.
 Es maravilla ver a las mujeres afilar los
 cuchillos,
 y asombra escuchar cómo las viejas golpetean las 70
 cazuelas.
 Buscan un pedernal dentado Greta y Femi,
 y Salmita hace yesca de unos trapos.
 También Catrine y Brida refrotan la sartén
 y, para que arda el fuego debajo del caldero,
 no dejan de soplar con los labios hinchados. 75
 Jeque y Magda trocean un tronco desecado,
 y Hansen mientras tanto trae un brazado de
 leñita seca.
 Pero el inútil de Dochís se para junto al fogón
 caliente, amodorrado,
 y espera, relamiéndose, una buena tajada;
 pues la hacendosa Aste guisa para el almuerzo un 80
 gran capón
 y ya mete en el horno varias tortas de trigo.
 Así se regodea Dochís con fruición, cuando
 de pronto

ven llegar a caballo al buen convidador,
 ricamente vestido¹,
 rogando que asistieran a unas bodas en la casa de
 Crisas.
 Descubriéndose al punto cada uno de los 85
 afortunados invitados
 agradece el honor sobremanera,
 y prometen honrar a Crisas acudiendo al festín.
 Pasados ocho días tras esta invitación,
 se engalanaron todos los vecinos para los
 desposorios.
 Esteban y Martín compraron botas nuevas, 90
 Juan y Lauro trenzaron para sus pies abarcas,
 y todos embridaron los caballos para ir a la fiesta.
 Aseó, sobre todo, Hansen a su tordillo
 y enganchó en sus costados los estribos.
 Engalanado así el lomo del rocín, 95
 se ciñó el jovenzuelo su nuevo cinturón
 y se calzó las botas de boda, relucientes.
 Como treinta mujeres se ofrecieron a asistir al
 convite,
 pues el convidador las había invitado;
 por eso se vistieron como deben, 100
 pero no a la alemana, como algunas han hecho:

todas se compusieron al estilo lituano.
 Ya sabes cómo visten nuestras lituanas cuando
 quieren ir de visita o a unas nupcias.
 Las casadas se adornan con cofia, pañoleta y 105
 toca, mientras que
 la corona con trenzas es prenda de las mozas².
 Viejas, no se os antojen coronas juveniles;
 y mozas, ¡no queráis las cofias de casada!
 Como lo estáis oyendo, una gran multitud
 de diversas maneras ataviada
 con un gran alborozo a la casa de Crisas puso 110
 rumbo.
 Y Crisas saludó a cada uno con una reverencia,
 invitando, cortés, a todos a pasar a su casita,
 les ofreció al momento una botella de dorado
 coñac para el convite
 y animó a los alegres invitados a tomar un
 traguito.
 La madre de la novia les trajo todo tipo de tortas 115
 y pasteles,
 y tan pródigamente agasajó a aquellos que había
 convidado,
 que varios ya gastaban pullas rústicas,
 y, sentado a la mesa, alguno profería guarrerías.

Probando alegremente los primeros confites
de la boda,
se armó tal algazara nupcial por todas partes 120
que hasta los flacos pencos relinchando triscaban.
Apareció de nuevo el mal convidador
y profiriendo gritos pateaba los lomos de una
yegua.
Tú, granuja, ¿por qué maltratas el costado de tu
potro?
¿Es que acaso no bastan al pobre las labores que 125
lo dejan molido?
¿Y todavía aumentas su fatiga castigando su
cuerpo con espuelas?
¡Cabalga despacito, sin picar neciamente al rocín!
Pues mira que mañana habrás de ir al bosque,
y pasado mañana tú deberás montar a un
gordinflón.
Mientras él castigaba toscamente al caballo, 130
como oís,
los novios en la verja fueron vistos:
sus bodas acababa de bendecir el santo
obispo de estas tierras, al pie del santo altar.
Parientes y vecinos acudieron
todos a dar al novio y a la novia sinceros parabienes, 135

y los acompañaron a la casa para el rico agasajo.
Los padres de la novia, viejitos arrugados,
no escondían su júbilo sencillo por la boda de su
hija.
Pues era Isabelita la pequeña,
y desposaba al caporal de El Lardo³. 140
Por eso reunieron a toda la gozosa parentela,
y sin escatimar en gastos ni en esfuerzos.
Descuartizaron tres vacas estériles y dos bueyes,
también;
y no pudo contar el carnicero cuántos cerdos y
ovejas;
de gansos y gallinas, no quedó ya ninguna en el 145
corral.
El cocinero asó para las bodas
tantas carnes trinchadas de diversas maneras
que en las calles surgió gran alboroto
y el vecino Pablito se dio un susto de muerte.
Extrayendo las viandas guisadas del caldero, 150
sacando los asados del horno con los pinchos,
el cocinero Pedro se dispuso a animar a servirse
a todos los hambrientos invitados.
Dorita se encargó de traer con premura los
manteles

y vistió una gran mesa nupcial como Dios manda. 155
 Luego los servidores tendieron los manjares,
 y con su mano ágil ofrecieron ternera, cerdo y
 ganso,
 un sinfín de embuchados y sabrosos riñones.
 Tras recitar, devotos, un largo padrenuestro,
 sentados a la mesa como buenos cristianos, 160
 animó el anfitrión a comer, cortésmente
 les conminó a saciarse y solazarse.
 En un instante Hansen, sacando un gran cuchillo,
 se ofreció a repartir las sazonadas carnes.
 Mas, como no sabía trinchar como lo hacen los 165
 señores,
 agarró cual villano los cachos de tocino con las
 uñas
 y los iba lanzando en cada plato;
 pues estaba bebido y no sabía comportarse con
 buena educación.
 Algunos invitados ya habían empinado bien el
 codo
 y no podían ver esos buenos pedazos; 170
 y otros, ya embriagados, no teniendo cuchillos
 embaulaban la carne con las manos,
 y chorreaba pringue por sus barbas.

Tenían para sí que el campesino en la casa de
 Crisas
 no tiene obligación de hacer finuras de gente 175
 principal.
 Estando todos hartos y en rústico jolgorio,
 Crisas gritó y al punto vinieron los criados
 y trajeron consigo un barril de cerveza,
 y los acompañantes del novio se lanzaron con sus
 jarras de bodas
 echándose al colete tragos y tragos de cerveza 180
 espesa.
 Pues la cerveza fuerte, empapando el gatzate en
 abundancia,
 sacia, densa, con tragos veloces la barriga.
 Así los invitados, todos, alimentados con
 deleite
 y habiendo ya tomado unos buenos traguitos,
 olvidaron rezar sus oraciones como deben 185
 hacerlo los cristianos:
 cual cerdos de cortijo –vergüenza da decirlo–
 rompieron a cantar canciones puercas.
 Esteban inventó dos mil mentiras sobre sus
 gordos potros,
 y Hansen alabó sus bueyes señoriales,

y rieron gastando tontas bromas. 190
 Lauro tocaba el birimbao soplando,
 y Jacobo, templando las cuerdas, el violín hizo
 sonar.
 Mas Dochís, empachado y bien borracho,
 como un saco polaco, bajo el banco se derrumbó
 con ruido
 amorfo que asustó a los invitados, 195
 y lo portaron fuera, medio muerto, tendido en
 unas andas.
 Tampoco las mujeres dejaron de trazar
 divertimentos
 ágiles, pues sus tretas arteras y veloces
 saben burlar al mozo más sagaz.
 Las esposas de Lauro y Paculís, sentadas a la 200
 mesa con decoro,
 no querían ni mirar el coñac;
 y mucho se asombraron, pues la mujer de Crisas
 ofrecía a las mozas tan impropia bebida.
 Figúrate tú, hermano, lo que ocurrió por tanta
 algarabía.
 En un rincón oscuro se metieron, las viles, 205
 y entera vaciaron, de unos tragos,
 una enorme botella de coñac escondida.

Y por eso empezaron a soltar obscenas ocurrencias,
 sacando los colores a las otras vecinas.
 Barbe y Femi entonaban las canciones del lino, 210
 y el gallo alababan las esposas de Lauro y Paculís.
 Pero había patronas que, demasiado alegres,
 presumían de asuntos domésticos, charlando sin
 cesar.
 Bien elogiaba Daque sus gansos, y sus grandes
 patos Jeque,
 triplicando virtudes, cantando maravillas. 215
 Sabes que las mujeres no pueden evitar el parloteo
 si en los banquetes charlan de cosas de la casa.
 De pronto aparecieron unos músicos,
 tomaron sus rústicos instrumentos e incitaron al
 baile.
 Pliscus tocaba el címbalo, Cobo el violín tañía, 220
 y el Bisoyo, tensando bien los labios, hizo sonar
 la flauta.
 En un decir amén reunió Hansen
 a las mozas, mandándoles bailar con los gañanes.
 Calzado el Patizambo con horribles zapatos, a
 Femi agarró por la cintura;
 y Zurdillo, con botas, a Dorita tomó, 225
 danzando a la lituana alegremente.

Pero otros, ataviados con abarcas adrede⁴,
o descalzos incluso y mal vestidos, gastaban
necias bromas.
Ya sabes que el alegre campesino que ha bebido
de más
en el banquete inventa estúpidos dislates. 230
Mas seguid escuchando lo que allí aconteció,
pues fueron a la boda dos vecinos que no eran
convidados:
el Poltrón y el Lechuzo, así se los llamaba.
Crisas maldijo al verlos, insolente pareja;
y turbada su vieja comenzó 235
a gemir con punzadas de barriga.
Pues no está bien que alguien se cuele en una boda
donde no fue invitado, donde festejan solo los
amigos.
Pues vela en este entierro, ¿quién te dio?
Calla y aguarda, necio, el mensaje de Crisas 240
convocándote
si acaso te convida, generoso.
Por eso se turbaron los vecinos,
tanto que no podían ni fumar,
y del susto soltaron las pipas de las manos.
Los músicos, por ese gran temor, 245

bajo el banco cayeron escondidos, tomando sus
sonoros instrumentos;
y todo el que bailaba alegremente y chillaba de
gozo,
al punto se detuvo y dejó de gritar.
Las canciones de gallos, gallinas y gansitos,
y los cuentos de lobos, de oseznos y de bueyes, 250
por ese horror al punto se esfumaron.
Todos los invitados se rascaban la cabeza en
silencio
sin que se les pasara por la mente cómo salir de
semejante aprieto...
Incluso tuvo Hansen que empuñar
una vara: midiendo las costillas al Poltrón y al 255
Lechuzo,
y feroz, agarrando por los pelos a los dos
camorristas, fuera los arrojó.
Pero no os admiréis oyendo estos relatos.
Pues también los señores tras los grandes
banquetes, ya borrachos,
ríen groseramente y hacen rústicas pullas, lo
mismo que los siervos.
Nosotros, campesinos, solemos comportarnos 260
rudamente,

porque siempre hay un necio en los convites que
deshonra cristianos
con desmandada lengua.
No pensemos que cada señor, tan engreído,
por esa rica boca solo suelta cosas serias y santas,
porque –bien ajumado– el señor borrachín 265
tampoco se avergüenza de gastar bastos chistes.
«Ay –dijo Frico–, en todos estos años,
mirando y escuchando, he reparado bien
en el comportamiento de los amos y sus feos
modales.
El otro día tuve que entregar a caballo 270
una carta del amo al consejero,
y en su casa se había reunido un buen montón de
rudos bebedores.
Yo, como corresponde a un servidor, quitándome
el sombrero saludé,
haciendo una grotesca reverencia, y le mostré la
carta.
Habiéndola entregado, me deslicé a escondidas 275
en la cocina abierta, pues quería saber qué
refinados guisos preparaban.
Estoy acostumbrado a codearme con gente
principal,

y enseñando la cresta como amigo, nada temo de
amos ni señores.
Allí aparecieron ante mí tres gruesos cocineros:
un guarro destripaba un halcón negro, 280
y abriendo con las uñas un conejo, el segundo
sacaba nidos de lombrices vivas.
El tercero lanzaba horribles sapos
desde un feo cacharro a un ancho cuenco;
los señores se pirran por tan puercos manjares. 285
Estando así mirando, comencé a vomitar
saliendo por la puerta con las tripas revueltas.
La primera papilla arrojé, más no dije
qué me había pasado cuando de nuevo estuve
junto a ellos.
Pues ya todos sabéis cómo los señoritos se ríen de 290
los siervos,
y a lo peor me habrían santiguado a golpes y
patadas.
Y por eso en silencio pude ver escondido
cómo nuestros señores se divierten.
Cocineros sirviendo los nuevos alimentos
extendían su tufo por toda la mansión. 295
A la sazón llegaron presurosos los refinados
siervos señoriales,

y, poniendo en la mesa todo lo necesario,
 sirvieron los cocidos alimentos.
 Yo, juntando mis rústicas manos como Dios
 manda,
 espero los devotos rezos de los señores, 300
 pero veo de pronto que todos se disponen a sentarse
 y, olvidados del cielo, agarran la cuchara
 y charlando se meten las viandas en la boca.
 Yo, que nunca en mi vida esa vileza vi,
 quedé tan confundido que poco me faltó para 305
 chillar.
 Pero, claro, pensé que el lugar apropiado no era
 ese,
 y escondido maldije por lo bajo
 de forma que los perros se pusieron a aullar:
 ¡barrigudos impíos arrogantes!,
 ¿acaso os avergüenza juntar devotamente 310
 vuestras manos
 y mirar hacia arriba cuando sois bendecidos con
 manjares?
 Nosotros, desgraciados campesinos de abarcas,
 traídos y llevados de un sitio para otro con fatiga,
 nos llenamos la tripa con apenas cortezas
 y una pobre cerveza nos alivia, 315

pero solo por eso cada día damos gracias a Dios.
 A vosotros, taimados, succulentos bocados os
 sustentan
 y buenos vinos riegan vuestro cuerpo:
 ¿y os olvidáis del cielo y sus bondades?
 ¿No temes un mal trago cuando el caviar engulles, 320
 o que tu poderosa casa un rayo parta?
 Tras estos pensamientos y al terminar mi encargo,
 apocado, asustado, estremecido,
 por la puerta salí y cabalgué hasta casa».

«Nuestros tiempos perversos –dijo Salmas–, 325
 ay, tropiezan en toda variedad de desmanes.
 Señor y siervo no hacen otra cosa que abocarse a
 la puerta del infierno.
 Aquel, fatuo y altivo como si fuera dueño
 de todo, se avergüenza de mencionar a Dios.
 Y este, para adularle, desprecia lo divino. 330
 El señor, ciego, avanza hacia el infierno,
 y enseña a sus criados a perderse.
 Y Dios y su palabra, nuestras bellas iglesias,
 la hermosura ancestral de nuestros himnos,
 para aquellos granujas apestan como hedor de la 335
 majada.
 Los naipes y comedias han cegado al señor,

y sus siervos se ríen sin disciplina alguna.
¡Qué fue de la decencia de nuestros tiempos! ¡Ay!»
Estando en estos cuentos, terminaron las
bodas,
y apareció el criado de Bláber en abarcas: 340
«¡Albricias!, exclamó, ¡hay un nuevo convite!
Oíd cómo degüella el ganso Benedicto,
y Pánfilo ya mata, remangado, el cordero.
Sacrifica el Roncero el buey de un solo cuerno,
y en el corral Miguel chamusca tanto al guarro 345
que el humo se ha elevado como nube
y en una milla oscurece al sol, a las estrellas y a la
fría luna.
Hallaremos ahora toda suerte de sabrosas
salchichas para hartarnos,
pues ya pende en la casa de los siervos una gran
cantidad
de jamón y tocino para ahumar de cara al largo 350
invierno;
y el anfitrión no para de meter carne en la
chimenea.
De modo que ahora, con banquetes al estilo
lituano,
olvidando el trabajo, podremos recobrarlos».

Mas no penséis, oyendo semejante discurso,
que fue dicho de broma, desdichados 355
de nosotros, que estamos agotados de trabajar los
campos;
pues, como corresponde a todo campesino,
partimos a servir
y a acarrear estiércol, y a echarlo por la tierra y a
esparcir el generoso grano
deprisa, y a segar el heno, rastrillarlo, guardarlo
en el atillo,
y llevar los productos a los silos. 360
¡Hemos bregado, ay, de tal manera para acabar
tantas faenas duras!
La lluvia muchas veces los huesos nos caló,
y alguna que otra tórrida canícula nos abrasó la
nuca.
Nosotros, resignados, a veces malcomiendo,
mascamos cereal sin aderezo y unas pobres 365
cortezas.
En la cruel calorina calmábamos la sed con vil
cerveza
o tragando algún sorbo del estanque.
Nos chorreaba tanto sudor de nuestras caras
que se nos hizo río la nariz.

¡Ay, pobres de nosotros, que así nos agotamos! 370
 Y ahora, liberados de las penosas cargas,
 gocemos del banquete al menos esta vez.
 Para eso el dadivoso cielo nos colma de soberbios
 frutos:
 para que, fatigados tras la dura faena que nos toca,
 con sabrosos bocados recobremos las fuerzas. 375
 Se precisa el trabajo, pues así Dios quiso que
 comiéramos;
 se precisa alimento, para que en la labor no nos
 falten los bríos.
 Por tanto, no dejemos de matar, carnear y
 trinchar los animales.
 Degüella sin reparos el ternero cebado;
 mata varias ovejas, hijo, y no escatimes el carnero; 380
 echa los gansos, patos y gallinas en la humeante
 olla;
 sacrifica lechones, mata el cerdo sainado;
 y come a tu salud buenas morcillas, porque tú las
 hiciste de tu grano.
 Tras cortar el mondongo, embute longanizas.
 Y si no basta aún, agarra una gran tripa, 385
 mete sin miedo bofe, sin temer que se raje al
 hincharse,

no olvides los riñones al hacer el sabroso
 obispillo,
 pues eso te será de buen avío.
 La primavera es breve, ya lo sabes.
 ¿No es bueno cuando en época de estercolar aún 390
 fríes unos ricos torreznos,
 y durante la siega del centeno, corriendo a la
 bendita servidumbre
 o atareado aún con las hazañas domésticas, te
 cueces jamoncito?
 A esto dijo Lauro: «Bueno es moderar
 afanes y fatigas.
 Es menester sentido común en la matanza del
 otoño,
 y cuando hartarte puedas, hártate con cabeza. 395
 ¿Es prudente que alguno, al llegar el otoño,
 coma sin ningún freno, con risas y canciones,
 y en la taberna beba cada tarde, trincando sin
 medida?
 Ya sabéis que Dochís, bailando atiborrado cada
 día,
 torpemente borracho, el desgraciado, 400
 terminó cual mendigo. Hijo, tú
 pórtate con mesura cuando comas y bebas.

Pues el año contiene muchos días, hasta que se
termina todo él,
y cada día quiere saciarse de bocados
abundantes.
A diario el desayuno, el almuerzo y la cena 405
apaciguan y calman la barriga;
mas también la merienda espera su ración
pues en la tarde aumenta la faena en los campos.
Conque ¡no despilfarres a diario, como si
gozaras de una boda o un bautizo! 410
Ni alegres cada día la panza con manjares,
ni malgastes, rapaz, el aderezo:
acabarás tragando vituallas sin sazón.
Nabos y chirivías, zanahorias y rábanos,
coles escabechadas en potaje 415
y guisantes también, cocidos con alubias,
y el puré de cebada delicioso,
gachas aderezadas
o platos cocinados de patatas,
y las setas de miel, bien sazonadas: 420
buen avío te harán estos bocados
si comes cada día con templanza,
si no olvidas los días venideros.
¡No te enfades, amigo, por estas mis razones!

También entre nosotros se halla algún malandrín 425
que, bailando y hablando cual lituano,
nos abochorna como auténtico alemán.
Muchos entre nosotros, torpemente empachados,
comienzan a cantar canciones alemanas,
maldiciendo:
como los alemanes, corren a la taberna cada día⁵. 430
Por eso más de un necio, así engullendo,
para risa de todos, termina hecho harapos y
arrastrándose.
Escuchadme, glotones: ¿para eso nos regala el
buen Dios
sus beneficios tan copiosamente?:
¿para embucharlos como sucios cerdos? 435
Cada día tenemos que dar gusto a la barriga,
pero con cabeza,
y hemos de procurar también lo necesario para
poder cubrirla.
«Eso es cierto y verdad –ceceó Buzas–;
en cueros vivos nace un gran señor
y un pobre con abarcas, lo sabemos; 440
tanto el emperador como sus siervos,
tanto el mendigo como el ladino señor, nacen
igual de torpes;

al uno como al otro le alimenta la teta de una
madre.
El señor entre sedas, y entre pajas el siervo
lloriquea escondido,
hasta que adquieren ambos el uso de razón. 445
Al campesino como al señorito, el culo hay que
limpiar
con un trozo de paño, y en el agua
es menester lavar los manchados pañales.
Y no te asombres, ay, de mis razones;
pues sabes que lo dicho es verdad pura y dura. 450
Apenas cada hombre comienza a abrir la
boca cuando pasa
desde la oscuridad a la luz de este mundo,
y después en la cuna soñando pide ayuda;
el uno como el otro nace frágil.
Cuando a los señoritos los ponen en un lecho 455
respetable,
y a los simples criados los tienden entre pajas en
un rincón oscuro,
sobre una miserable estera entre pañales,
¿cuántos tesoros traen ellos consigo?
Piénsalo, pues ni un solo señor al mundo vino
con espada,

y ningún campesino nació con el arado bajo el 460
brazo,
ni tan siquiera un diente para el trillo.
El señor, altanero de su alcurnia,
se eleva cual la grasa del tocino en el agua
caliente;
y el pobre campesino, quitándose el sombrero ya
raído,
tiembla junto al hogar, amedrentado, 465
haciendo desde lejos humilde reverencia.
Y, sin embargo, Dios dispuso su lugar a cada uno:
aquel muestra su cresta cual altivo vizconde,
y este chapotea por el fango removiendo el
estiércol.
Hay bastantes canallas que, por mal corazón, 470
tienen al campesino por palurdo ignorante,
y ellos mismos a veces se portan como lerdos.
Pero ¿quién, por ventura, prepara a esos bribones
la sabrosa comida y la dulce bebida?
¿Quién arará las tierras, sembrará y segará?, 475
¿quién les trillará el abundante grano,
de no ser el buen Lauro o el fiel Crisas?
Pues ya sabemos cómo el mal señor
en otoño y a falta de sabrosos pasteles,

necesitado, ofrece al campesino unas cuantas 480
 monedas
 y adulándole ruega que le haga la merced.
 Y cómo se permite maltratar,
 arrogante y rabioso, al campesino,
 o desdeña con sorna su sencilla morada».
 «Puedo decir que muchas, muchas veces —el 485
 buen Frico repuso—,
 cuando era caporal del pueblo y cabalgaba,
 el vil apoderado me maldijo: ¡se me eriza el
 cabello de pensarlo!
 Y me ponía a caldo delante de los siervos.
 El señor, repren diéndome, holgazán me llamaba
 cada día.
 ¡Pobre, si no cumplía alguna orden! Pues de tal 490
 bofetada que me daba
 se saltaban los mocos de mi pobre nariz.
 Sus despreciables modos son una gran infamia,
 sobre todo si el siervo a reírse comienza
 y termina perdiendo el miedo al caporal
 y, escupiendo, lo tiene por una yegua tonta. 495
 Si el dueño en un rincón oscuro me tirase de los
 pelos,
 pero a la luz del día me halagara,

no dolería tanto ni sería tan arduo.
 Pero tan deshonorado quedé, que en todas partes
 hasta los niños vienen a mofarse de mí. 500
 El otro día, haciendo la ronda en mi caballo,
 castigué como debo a Poltrón, perezoso.
 Pero él se lanzó a pegarme y sacudirme,
 diciendo: “¿Qué te crees? ¡Mocoso! ¿Olvidaste
 la tunda que te dio tu buen señor?” 505
 Harto asustado yo, ante tales palabras,
 ya no supe qué hacer,
 pues los otros criados se reían de mí con
 cancioncitas.
 A eso hemos llegado. Todo se ha ido al traste.
 Como la blanda nieve en primavera 510
 no deja al derretirse lugar para los hielos:
 así me ha sucedido con los honores todos.
 Mira, cuando era joven (¡ay, qué fue de esos
 mis días mozos!)...
 Ay, cuando yo era joven, me elogiaban toditos los
 zagales.
 Fuera señor o siervo, fuera un mozo o fuera ya la 515
 última criada,
 y niños sin calzones y aún lactantes:
 todos y por doquier halagaban a Frico.

Y ahora todos burlan a este viejo canoso;
 el señor como el siervo deprecian al anciano
 caporal.

Embridé tantas veces al jamelgo pelón 520
 que, cuando veo ahora su crin blanca,
 con resuellos contemplo yo mi propia vejez.
 Y cuando en el otoño cabalgo por el fango a la
 labor,
 cuando apenas avanza mi penco a paso lento,
 hasta ríos de lágrimas recorren mis mejillas, 525
 porque me veo muy vituperado, y hasta el llanto
 chorrea por mi rostro.

Así me compadezco de mi ajado rocín:
 durante trece años, cabalgando al galope,
 me llevó hacia los campos sentadito en su lomo.
 Y de mí, servidor pelón y pobre, 530
 nadie se compadece, bendito sea Dios».

Hansen le dijo: «¡Ay! –mostrando un gran
 cuchillo–,
 querido amigo mío, ¿de qué te quejas tan
 enfurruñado?

Igual me ha sucedido a mí. Contempla este
 cuchillo que, forjado en yunque frío, tiene puño 535
 de cuerno:

como luna gibosa yace ya,
 como el horrible pico retorcido de un halcón, mi
 cuchillo.

Lo veo y me recuerda la tenebrosa Parca,
 tal y como la pinta la mano del artista,
 horrorizando al mundo con su corva guadaña. 540
 Ay, hermano... de este machete mocho
 tanta pena me da que de llorar no ceso.
 Pues son ya trece años que, cortando salchichas,
 tajando finamente pedazos de tocino en los
 banquetes,
 como terrible fuego saltaba por la carne endurecida 545
 y como fuerte hacha quebraba hasta los huesos;
 y de ello son testigos Lauro, Miguel y Juan.

Pero no basta aún, pues todavía tengo algo
 más que contaros.

Cuando yo... –oye, hermano, lo que me aconteció
 y cómo le sucede al pobre siervo muchas veces al 550
 año
 cuando quiere trenzarse sus abarcas⁶
 o desea cazar y hacerse un rico guiso.
 De muchacho, veloz y sigiloso, yo me iba a robar
 árboles a un rincón apartado del bosque en la
 penumbra.

Cierta que muchas veces me pilló el guardabosques 555
 en esa vil faena:
 salvaje, me azotó como a ladrón,
 como a horrible bandido arrebató mi hacha,
 más nunca me quitó ningún arreo propio.
 Pues no birlaba yo como un lelo cualquiera,
 que quiere en el invierno talar algo, 560
 hurtando sólo robles y arces de dura leña,
 y luego en la ciudad se dispone a venderlos
 y derrocha la paga en bebida y bailes.
 Yo, cuando alguna vez tuve que robar algo,
 nunca me sonrojé de alargar bien la mano, 565
 pues no estaba sisando para mí, sino para señores
 respetables.
 Ya sabes que tenemos que pagar
 el pecho cada año cuando mandan la orden,
 y que los comisarios nos lo sacan a palos.
 Ay, hermano querido, te ruego, no te admires; 570
 no le digas al guarda que mi mozo
 se dispone a robar árboles o madera cada otoño.
 Yo me alegre en extremo de ver ese su celo;
 cuando en invierno ensilla los jamelgos para ir a
 birlar,
 dos sabrosas salchichas le preparo; 575

y si regresa a casa cargado de madera sin ser
 vapuleado por los guardas,
 de buena gana añado una tercera.
 Y a falta de salchichas, dos generosos quesos.
 Así que, cuando hemos hurtado un buen montón,
 vamos a la ciudad más cercana a venderlo 580
 y, con los buenos cuartos que sacamos,
 pagamos el tributo cada año.
 Hasta para robar árboles hay que ser bien
 avisado, amigo mío.
 No es de extrañar, por eso, que algunos
 mentecatos
 yendo al bosque a robar o con tabaco, 585
 se provoquen desdichas vergonzosas.
 Algún que otro zopenco entre los campesinos
 después de devorar sus ricos alimentos,
 y en lugar de cerveza buena sorbiendo agua,
 por la necesidad tima como un judío. 590
 En mi morada viven, a mi lado,
 dos tunantes sin honra ni cabeza.
 Al primero los siervos han llamado Lechuzo,
 y el segundo responde al mote de Poltrón⁷.
 Suelen los campesinos ingeniar toda suerte de 595
 bromas

sobre todo en las bodas, ya bien atiborrados,
cuando chancean como sucios puercos.
Hace apenas un año que vivo en este pago;
por eso no conozco, como recién llegado, la
conducta
de todos mis vecinos ni sus pillos modales. 600
Pero lo que relatan los vecinos del Poltrón y el
Lechuzo
tanto me horrorizó que me tiemblan las piernas.
Escucha las hazañas que yo te contaré,
se te pondrán de punta los canosos cabellos.
Las chozas de esos puercos, si reparas en ellas, 605
mires por donde mires parecen sucias cuadradas.
Si hacia arriba diriges tu mirada, encontrarás el
techo destrozado:
en el aire se agitan sus desgajados trozos,
de acá o allá se sueltan pedazos del tejado.
Las vigas ya podridas penden del roto techo, 610
y llueven por doquier cachos de tablas,
ya sin clavos, colgadas con esparto o con hojas de
sauce.
Si miras hacia abajo a sus horribles casas,
todas se te figuran como establos,
como pocilgas, porque llenas están de estiércol. 615

¡Y no les avergüenza ni tener a los cerdos vagando
por su choza,
y cuando muestras pasmo, encima se enfurecen!
Una vez me encontré con el Lechuzo
y traté de decirle algo sobre su inmunda guarrería;
quise, como vecino, darle alguna lección. 620
“¿Qué haces, puerco? ¿No te da vergüenza?
Pues como escarabajo pelotero estás, en el estiércol.
¿Oyes? Tú mismoapestas ya como escarabajo
entre la mierda.
Yo, pasando anteayer por tu horrible vivienda,
aposta la miré para fijarme bien. 625
Yo estaba boquiabierto, relinchó mi caballo,
al momento cayó una viga del techo
y se agujerearon tus ventanas.
En ese instante –oye muy bien lo que te digo–,
tres cochinos manchados salieron disparados de 630
tu casa
con sus lechones que, también manchados,
lanzaron un horrisono alarido.
Yo, que en mi vida había visto tan rara cosa,
tanto me sorprendí que se me puso todo el pelo
de punta.
Tú, malvado andrajoso, y el vago de Poltrón, 635

¿es que no os abochorna exhibiros así ante los
 demás?
 No servís ni siquiera para dar de comer a los
 marranos
 y os presentáis encima pretendiendo
 los puestos destacados en las bodas,
 queriendo devorar la comida y bebida. 640
 ¡Ojalá los señores nos hicieran
 el favor de largaros pronto de nuestra aldea!
 ¡Empezamos a heder por vuestra culpa!”
 Y cuando terminé, con una vara,
 como cruel asesino se vino contra mí, 645
 y, de no ser por Salmas, que rápido acudió,
 me habría dado muerte en un momento.
 Conque ya ves, amigo, cómo surgen absurdos
 altercados
 cuando corriges por su bien a un necio
 y osas reprenderle tal y como merece». 650
 Estando en estos diálogos y acabando la
 boda,
 la tierra y todo lo que en ella hay tembló.
 Todos los convidados, espantados,
 en tropel escaparon de la rústica sala,
 tanto que unos perdieron sus dos ojitos sanos 655

y se rompieron, otros, los brazos y las piernas.
 Y todo sucedió por una nimiedad:
 eran Dochís y algunos trilladores, que, trillando
 guisantes,
 quebrantaban los tallos con tal saña, con el rudo
 mayal,
 que ni crujir osaban bajo el heno los menudos 660
 ratones,
 y así la mayoría de los huéspedes algún daño se
 hizo.
 Mas no os pasméis oyendo estas historias;
 pues Dochís cada año, llegado el graso otoño,
 y trillando su grano, nos da un susto de muerte⁸.
 Ay, ¡mas cuántas viviendas ha troncado su furia, 665
 cuántos bosques y montes arrasó en el pasado año!
 Era horrible escuchar a Lauro las desgracias,
 penas y sobresaltos cuando nos los narraba.
 Apenas le quedó la zahúrda derecha, y el granero,
 y su casa parece ya una ruina. 670
 Ese horrible trabajo que acomete Dochís
 ha causado discordias y disputas.
 Porque, ¡cuántos vecinos han tenido que
 abandonar su casa
 y en otoño se empapan vagando por los campos,

o haciendo sus hatillos tienen que mendigar! 675
Numerosos honrados patrones denunciaron
sus horribles excesos a los jueces de Königsberg,
pero nunca ganaron ningún pleito.
Pues este nuestro tiempo, por desgracia,
pisa con su sonrisa malvada nuestras lágrimas. 680
¿Acaso no sabéis aún por qué Dochís así se
afana
y por qué cada año con el mayal arrea así la mies?
Murmura mucha gente que con él tiene trato
que Dochís hace polvo su granero infeliz
con el fin de sacar algo para beber; 685
mientras golpea el hórreo después de San Miguel⁹,
relamiéndose mira la taberna, pensando en
divertirse.
Y después, tras trillar varias hileras,
se apresura a aventar la parva y, cuando tiene tres
cestos ya repletos,
se dispone a tragar en la taberna. 690
Y su esposa a su vez coge algunas madejas
de lino, y a hurtadillas las vende por lograr su
diversión.
Mas no basta con eso, pues se lleva a los niños:
dejándolos al padre, despreocupada trinca.

Ya en el año pasado sucedió que Gaspar, el 695
criado de Bláber, se marchó
con Dochís de visita a casa de Plauchunas;
y Lauro fue también, junto con Crisas.
Plauchunas los había invitado a un bautizo
y prometió atender a todos, generoso.
Allí se reunió una gran multitud de convidados, 700
mas también acudieron vecinos no invitados.
Y Gaspar saludó al pródigo Crisas con una
reverencia,
pero llegó también Dochís al gran banquete
cual engréido consejero gordo, derrochando
indecencias por la boca.
Pues de nuevo se había atiborrado antes de San 705
Martín,
y venía dispuesto a hartarse, relamiéndose.
En el acto Plauchunas ordenó que sirvieran
hogazas de pan, bollos y alimentos asados,
y sentados los huéspedes en variopintas filas
comían celebrando la sopa y el buen cerdo del 710
patrón.
Estando así comiendo y en feliz regocijo,
un gruñido rompió tanta armonía. Eran Lauro y
Dochís, que peleaban:

por las zahúrdas rotas, derribadas,
 armaron una bronca muy grosera.
 Calla, infame, ¿es acaso prudente en un 715
 banquete enemistarse
 y nombrar las inmundas pocilgas mientras
 comes?
 Pero mirad aún lo que ocurrió
 y lo que nos contó el anciano Crisas.
 Pues Plauchunas había comprado tres
 barriles de cerveza
 ordenó a los criados que llevaran la bebida al 720
 salón.
 Y jarras esmaltadas trajo un siervo
 y muchas más vasijas ricamente pintadas.
 Así los invitados, tras echarse un barril al colete,
 trazaron puercas charlas y rústicas canciones.
 Ya sabes cómo un lerdo campesino, habiendo ya 725
 trincado demasiado,
 no se avergüenza nunca de lanzar desatinos.
 Los otros se enfrascaron de nuevo en una riña
 por las sucias pocilgas malogradas y por los
 cerdos muertos.
 Por las puercas palabras enseguida
 se organizó en la mesa una pugna infernal. 730

El campesino convidado pierde la cabeza en
 las fiestas,
 y así pierde también toda decencia.
 Hasta el mismo Plauchunas, anfitrión del
 banquete, terminó
 con tal tajada de cerveza fuerte
 que, temblando en la luz, la luz ya no veía. 735
 ¿Es de extrañar entonces, que ningún invitado
 agasajado
 atinara a trabar razones de un decente campesino?
 Mas no basta con eso. Oíó lo que pasó.
 Cobo y Lauro, el yerno de Gaspar, respetable,
 y Miguel, capataz nombrado de estos pagos, 740
 se lanzaron con furia sobre Dochís, y todos,
 como mechón de pelo torpemente enredado,
 por el suelo rodaron magullándose:
 uno quedó sin boca, el otro sin orejas para oír.
 Sobre todo a Dochís lo brumaron de forma tan 745
 brutal
 que sus hijos apenas si lograron llevarlo a casa vivo.
 Corrió su esposa Femi, alarmada por ello,
 a cuidar al marido medio muerto, llorando,
 lavando su cogote magullado.
 Acudieron veloces todas las convecinas, 750

trayendo de sus casas todo tipo de pócimas.
 Énula trajo Greta, y ojo de caballo;
 Salmita y Brida, ungüentos que hicieron ellas
 mismas,
 para aliviar al pobre y curar sus heridas.
 Mezclando tantas hierbas fuertes en un mortero 755
 –Jeque añadió también brea polaca
 y romero silvestre–, por la vivienda se corrió un
 tufillo,
 y Dochís poco a poco comenzó a dar señales.
 Grande fue la alegría de su esposa,
 y todas acudieron a curar y vendar 760
 las heridas del pobre Dochís con los ungüentos
 preparados;
 se puso una comadre a conjurarlo con sus
 hechicerías.
 Al olor de las fuertes unturas, el enfermo,
 horrorizado por la magia de las viejas,
 saltó del lecho como fuerte rayo 765
 y, de rabia, agarrando un gran garrote,
 echó de la apestada vivienda, casi a palos,
 a las viejas con todos sus ungüentos.
 Y al cabo de romper la mayoría de los enseres de
 la pobre casa,

al canalla, bramando enfurecido, tras derribar las 770
 pócimas
 muy poco le faltó para matar a sus queridos hijos,
 que le habían limpiado toda la suciedad.
 «¡Termina –dijo Salmas– de una vez ya tu
 cuento!,
 que de tantas historias nos duelen las orejas.
 Ah, ¡qué fue de vosotros, buenos tiempos lituanos, 775
 cuando nada sabían de alemán los prusianos
 y aún no conocían ni zapatos ni botas,
 sino que se preciaban de llevar las abarcas tan
 propias de labriegos!
 Porque entonces no daban los honrados vecinos
 motivo de censura, ni rubor provocaban. 780
 Ahora, por desgracia, causa sonrojo ver
 a los siervos lituanos en los grandes banquetes
 del otoño,
 calzados con zapatos alemanes.
 Los zuecos, que llamamos con término
 alemán¹⁰,
 de los lituanos nunca han sido propios; 785
 y los padres de nuestros buenos padres tampoco
 los usaban;
 pues bochorno les daba mencionar

esas botas de fábrica francesa,
 hasta que los franceses se llegaron a nuestra
 buena tierra
 y sus modas quisieron enseñarnos. 790
 Nuestros antepasados, sin escuelas,
 ni cartillas leían, ni aún los catecismos¹¹.
 Y solo de memoria podían estudiar los rudimentos
 de nuestra fe cristiana,
 pero con mucho más fervor rezaban alabando al
 Señor,
 y presurosos iban a la iglesia en los días festivos. 795
 Ahora, por desgracia, vergüenza da mirar
 cuando algunos lituanos, vestidos a las modas
 extranjeras,
 asoman el oído para oír y no escuchan,
 y al cabo corren todos a algún bar, a jugar y
 bailar, despreocupados¹².
 Y después, como cubas, muchos de ellos 800
 rústica y puercamente disparatan,
 olvidan las palabras oídas en la iglesia
 y se ríen gastando bastas pullas.
 Borrachos, inventando peleas por sandeces,
 se agarran la cabeza el uno al otro 805
 y como dos matones por el suelo se tiran.

Vomitan salpicando la taberna,
 con tal horror que a mí se me erizan los pelos al
 oírlo.
 Pero no basta aún. Pues ajumados 810
 de tal forma, los padres a los hijos arrastran,
 y aficionan así al inocente pequeñuelo a trincar;
 y más tarde delante de sus hijos pelean,
 que hasta manojos de cabellos vuelan, arrancados,
 por toda la taberna.
 ¡Ay, bellacos e impíos, despreciables!
 ¿No teméis que se abran los infiernos 815
 y acaben con vosotros por guardar con tal horror
 las fiestas?
 ¿No os da temor aparecer así ante buenos
 cristianos?
 Cuando los sacerdotes animan a enviar a los
 colegios
 a vuestros hijos y hay que soltar unas pocas
 moneditas¹³,
 se forman toda clase de murmullos estúpidos; 820
 y luego, cuando los apoderados ya tienen su
 trabajo por hacer
 y mandan comisarios que exigen lo debido,
 entonces viejos locos salen de todas partes

y como si se desplomara el cielo, braman y
 braman todos.
 Y cuando los maestros, pobres y desgraciados, 825
 piden lo que les pertenece, riñen
 inventando mentiras, ¡impíos indecentes!
 El inculto Pardillo, que apenas si conoce el
 Padrenuestro,
 murmura con su primo, que no sabe leer:
 se atreven a insultar a los maestros. 830
 Maravilla escuchar los desvaríos que ensartan los
 dos juntos.
 El que cría a los hijos como imbéciles,
 consintiéndoles todos los regalos,
 disputa con maestros, los injuria
 porque a veces calienten el trasero de alguno de 835
 esos pillos;
 y el otro, que ya se lo lleva el diablo
 y no quiere mandar a sus torpes hijitos al colegio,
 se propone en verdad criarlos como bestias¹⁴.
 A Pardillo le irrita la lluvia, y al Roncero el
 limpio claro.
 Para uno hay mucha luz, para otro luz no basta; 840
 este desdeña la instrucción y aquel juzga mala la
 escuela.

Para unos el maestro es joven e ignorante,
 y el mismo profesor se les antoja a otros viejo y
 frágil.
 Según este, el maestro chilla mucho al cantar,
 y aquel piensa que el mismo la voz muy floja tiene. 845
 Uno dice que lento, y el otro que ligero.
 Así sucede siempre con los clérigos
 cuando aquellos peles se presentan borrachos
 en los días festivos, y comienzan
 a proferir dislates sobre curas y escuelas. 850
 Pero tampoco falta gente honrada:
 aún entre lituanos hoy existen los patrones
 decentes,
 y padres hay que aman a Dios en nuestros días.
 No solo se comportan de modo santo y justo,
 también cuidan su casa como es menester. 855
 En este mundo, como nos revela la Biblia,
 es más pequeño el número de justos
 que el número creciente de malvados.
 Y así va a seguir siendo hasta que el mundo
 como loco se ciegue, fluyendo desbocado hacia el 860
 infierno.
 Pues dicen las palabras de los santos
 y el mismo Cristo dijo, y sus discípulos,

que antes del fin del mundo habrá tal confusión,
que proliferarán horrores infernales;
y tanto entre señores como entre campesinos, 865
veremos solo engaños y perfidia.
Reinando en todas partes ya vemos al Maligno,
enmarañando greñas de malvados.
Ay, hermanitos, ay, despertemos mirando
cómo se rasgan todos los abismos 870
y cómo el infernal asesino pervierte
nuestra edad con diabólicas creencias.
Pues hurtar, engañar, expoliar y usurpar;
fornicar despreciando a nuestro Dios
y en tropel toda clase de excesos emprender: 875
ese parece el credo de esta nefanda era.
Ay, Señor, ¡dónde ha ido a parar nuestro tiempo!
Nosotros, los lituanos, antes de conocer el
ancho mundo,
pensábamos que el suizo y el francés
sabían confundir con su doctrina extranjera a la 880
gente,
y que los alemanes robaban blasfemando.
Pero es que entre lituanos ya sucede lo mismo,
y alguno que otro indecoroso y réprobo
causa infamia a su tierra y a su gente.

¡Ay, hermanos del alma! ¡Ay, lituanos! 885
No nos midamos con los ciegos, los impíos de
este mundo,
y no temamos que esos grandes necios
al mirarnos sonrían y se burlen urdiendo torpes
mofas.
Pues ya veis que os instruyo como persona
honrada,
y no como francés o alemán os adulo, 890
sino que a la manera campesina, como amigo
que soy,
os digo llanamente lo que tanto me preocupa,
lituanos.
Pasada la gran fiesta de San Martín, amigos,
el Adviento se acerca.
Mirad cómo los vientos del oscuro poniente 895
de nuevo con su furia se desplazan hacia norte y
oriente,
y nos traen a Lituania los fríos del invierno.
Ya veloces corramos a calentar la casa;
como buenos patronos, preparemos establos,
no se muera de frío ni siquiera un lechón. 900
Pues cada animalito, con la primera helada, se
confía

a nuestras buenas manos cuidadosas,
y, con los ojos puestos en nosotros, aguarda su
alimento.

Nos toca repartirlo con medida;
pues ignoramos cuán largo será el invierno 905
venidero

y no sabemos cuánto quedará hasta la Pascua.
¿No es bueno cuando, habiendo pasado con
penurias el invierno,
vemos la gran reserva que aún nos queda?

Ea, pues, ¡por ahora dejemos el palique!
Concédenos, Señor, que después de las fiestas, 910
santamente dichosos, entrado el año nuevo,
como amigos podamos reunirnos y celebrar tus
dones».

LOS AFANES DEL INVIERNO



REGRESAN los airados furores del invierno, 1
y a turbarnos el viento del norte se apresura.
De nuevo por doquier sobre los lagos se forman
ventanales,
como si los hubiera encristalado el vidriero del
pueblo.
El hogar de los peces y ahí donde se holgaran las 5
ranas en verano,
se cubre en el invierno como con armadura
y condena a dormir en plena oscuridad a cualquier
animal.
Asustó el septentrión con su saña a los campos,
y hasta las mismas ciénagas empiezan a arrugarse.
Los lodazales cesan ya de chapotear. 10
El camino retruena por el hielo

con el latir de ruedas que rebotan como tenso
 timbal;
 el eco nos retumba en la cabeza.
 Una vez más el mundo recibe al frío invierno.
 ¡Ah!, por fin es llegado el tiempo de las 15
 fiestas navideñas.
 El Adviento termina ya pasado mañana.
 Como un torpe elefante, el otoño, sacudiéndose
 el agua,
 revolcándose en cieno, nos acabó cansando.
 Al calzar las abarcas y al meterse los zuecos, cada
 uno de nosotros
 denostó sus trabajos y su líquido lodo. 20
 Incluso los señores, volando en sus espléndidos
 corceles
 y ataviados a diario con sus finos atuendos,
 empapados de fango maldecían esa sucia estación.
 Por eso todo el mundo, mirando para el norte,
 se quejaba esperando el seco invierno. 25
 Cuando ya proferíamos lamentos, el cielo se
 tiñó de un arrebol,
 y con eso los vientos, desatándose,
 enviaron las lluvias hacia el sur, donde duerme la
 cigüeña.

El invierno, sacando la cabeza de entre todas las
 nubes,
 cual fiera disputó con el otoño, combatiendo sus 30
 cienos,
 con fríos acabó destruyendo sus húmedos trabajos;
 y después de barrer las inmundicias que el otoño
 dejó,
 sobre los lodazales trazó un breve camino,
 nos enseñó a volar de nuevo en los trineos,
 deslizándonos.
 Ahí donde la alegre primavera 35
 celebramos con flores de colores,
 acabando después con el estío las alegrías cálidas,
 ahí se arremolinan montes blancos de nieve,
 y el tiempo se ha trenzado invernales guirnaldas.
 Maravilla mirar los pinares barbados, 40
 cómo aparecen por doquier con sus crespos
 mechones,
 y se yerguen altivos tal como señoritos empolvados.
 En cambio, acurrucados entre ellos, los ramajos
 desnudos
 tiemblan cual campesinos debajo de sus techos,
 se doblan lamentándose cuando soplan los 45
 vientos.

Y se turban también los desgajados árboles, sus
truncos,
siempre que el septentrión su fuerte fuelle agita,
y cierne y desparrama la nieve como con un gran
tamiz.
Todos los animales de los bosques escondidos
están por esta causa,
porque vientos airados rivalizan unos con otros 50
sin ceder jamás:
aquí en su madriguera, calentito, uno se oculta y
vive como puede,
y aquel otro de allá dormita en una rama.
Queridos pajarillos, igual nos ocurrió a todos;
como a nosotros, los crujientes fríos os llenan de
temor.
A vosotros el frío del invierno os expulsó a los 55
bosques,
y a nosotros faenas y rigores invernales nos
mandan a la choza
junto al grato fogón a calentarnos.
Vuestra gélida casa, donde roncáis durmiendo,
no os puede proteger cuando arrecian los fríos.
Nosotros, cuando el viento del norte nos 60
violenta,

nos solemos meter en un lugar templado, y en
ese oculto cobijo,
sin temer la amenaza del invierno,
tomamos un caldito para entrar en calor.
Pobrecitos, vosotros desgraciados desnudos,
haga frío o calor, sea el tiempo que sea, 65
las mismas ropas cubren vuestros cuerpos.
Nosotros, si es que el sol nos hiere las espaldas
demasiado,
nos ponemos camisas y chalecos más frescos;
y luego, cuando el viento del norte nos empieza a
atormentar,
veloces agarramos un vellón o unas pieles 70
y en el templado lecho nos metemos para estar
calentitos ya de veras.
En estas reflexiones, los lobos se agruparon
en manadas
y, como es su costumbre, bramaron con sus
aullidos en plena oscuridad.
Ay, malvados, ¿andáis buscando carne?
¿Está vuestra barriga sin alimento alguno? 75
Venga, terrible viento del norte, ¡atiza el lomo a
esos desgraciados!
Hiérellos con heladas, de modo que perezcan.

Pues es horrible ver cómo cada verano
 corriendo por los campos matan como si fueran
 carniceros.
 Y si una alegre piara atacan en la linde de algún 80
 bosque,
 no miran si la cerda está flaca u oronda,
 y les da igual tragarse un lechoncillo,
 ni temen despiezar un gran verraco.
 Así esos asesinos, atiborrados ya de la carne de
 cerdo,
 insaciables desean probar la de ternera, 85
 matan vacas estériles y novillas preñadas.
 Ni con eso les basta; todavía siguen abriendo sus
 horribles fauces
 y sin pudor destripan los bueyes de seis años.
 Ay, ¡cuántos bueyes pintos y cuántos colorados
 engullen esos monstruos!
 Merodeando siempre por los campos, asustan 90
 al berrendo cebado y al retinto, así como al
 lucero.
 Y ni ante el toro negro se detienen,
 mas saltan al rebaño para matar y hartarse.
 Y cuando los espantan mayoral y pastores con
 sus gritos,

bien poco caso hacen: apenas si se apartan a la 95
 linde del bosque
 despedazando lo que se han llevado.
 Viento del norte, ven: ten a bien poner orden.
 Pues poco falta para quedarnos ya sin reses,
 y los lobos después querrán descuartizarnos
 a nosotros y a nuestros familiares, a mujeres y 100
 niños.
 Y vosotros, loberos; vosotros, cazadores
 adiestrados,
 ¿por qué no los matéis a tiros como es vuestro
 deber?
 ¿Acaso no sabéis que ningún soberano justo se
 atrevería
 a reprochar jamás a quien los mate?
 ¿En vano se os ha dado municiones y pólvora? 105
 ¿Y por qué colocaron en la linde del bosque
 astutos guardas
 y les dieron fanegas para poder vivir
 holgadamente?
 ¡Mas cuántos campesinos que roban en el bosque
 a hurtadillas les llevan jamón en una cesta
 y con jarras les mojan el gazzate para que así, 110
 borrachos, nada vean!

Mas vileza cometen, pues cuando está bebido el
guardabosques,
su juramento olvida,
y mientras él da tumbos, los ladronzuelos hurtan
tilos prohibidos, pinos, madera fuerte y noble,
o cazan clandestinamente un alce¹ y lo llevan a 115
casa,
y allí se hartan de reír los pillos mientras lo asan
al fuego y se lo comen.
«Sí –dijo Frico, mientras convidaba a todos
los villanos a tabaco,
como acostumbra, y luego de mirar a Cobo de
soslayo–,
vuestras mercedes saben ya muy bien
que un campesino digno nunca roba. 120
Y yo, que soy el yerno del instruido Bláber... yo,
vuestro caporal,
muchos fraudes he visto cuando la ronda hacía
montado en mi caballo.
Y al menos esta vez voy a deciros algunas palabrillas.
Más de uno, compañeros, llega a la servidumbre
con esfuerzo
y con dificultad se arrastra apenas a la hora del 125
trabajo.

Uno tan sólo mira boquiabierto para acá y para
allá,
o lleva toda suerte de simplezas y cuentos a su
amigo;
y el otro sólo mete tabaco en la pipa
o quiere darse lumbre como un tonto, y prende
así la yesca;
el tercero se aparta para robar en un buen 130
escondite,
y de cestas ajenas de forma vil y artera
como perro voraz se traga los pedazos sustraídos,
causando así deshonra a los otros labriegos.
Que algún torpe polaco, que un judío,
timen de una manera tan horrible... 135
o que un mal alemán, con sus argucias típicas,
pretenda embaucar a señores y a siervos,
ya no me maravilla, pues su naturaleza les empuja.
Pero ¿qué pensaréis cuando aparece un puerco
que en idioma lituano roba y miente 140
y le da igual que Crisas time a Crisas?²
Qué escándalo y vergüenza, que honrados
vigilantes
y fieles guardabosques por nosotros se quejen
resollando.

Qué horrible oír que algunos campesinos,
cargados de coñac en los convites, 145
narran unos a otros sus tretas y sus fraudes,
y de graves pecados se glorían.
Un bellaco se jacta de haber burlado al guarda,
y un bribón alardea de haber timado al digno
vigilante.
Este, como una cuba, no puede caminar de la 150
tajada;
y aquel, ya desplomado bajo el banco...
aún se regodean en esos viles robos.
¡Ay, santo Dios, qué tiempos vemos con
nuestros ojos!
¡Tinieblas han cegado nuestro mundo!
Pues señor y criado se despeñan veloces al 155
infierno.
Un canalla se ríe teniendo a Dios en nada,
y otro quiere halagar al señor, y desprecia
también a Dios, el ruin.
Uno, sorbiendo suero y masticando sémola,
cada día postrado gime bajo la carga de sus penas
y ¡se atreve a burlarse de Dios ese mezquino! 160
Se lamenta el malvado de cómo los señores
sacan la última gota de sangre a los villanos;

pero corre veloz a la taberna, bebe y arma
trifulcas,
tanto que el lunes sigue todavía tocándose el
sangriento morro».
«Ay –le repuso Hansen, sentado junto a 165
Crisas–,
Frico, tú juzgas demasiado duro a nuestra pobre
gente;
¿por qué diantres destrozas al lituano
de esa forma, narrando todas sus fechorías?
¿No te das cuenta de que toda la gente llana se
comporta tan mal?
Ya sueco, ya polaco, ya ruso, ya judío: todos 170
hacen lo mismo;
y el alemán, diciendo “oui” al francés,
sabe embaucarlo como si fuera su paisano.
Y cuando tú, mi amigo, no eras caporal,
bien que te recreabas con otros compañeros.
¡Y cuántas veces nos acompañaste al interior del 175
bosque
a robar, en trineo, como hacíamos todos, muchos
fresnos!
Hábilmente, por cierto, sabías hurtar tú;
y por eso los guardas no te agarraron nunca.

A nosotros, en cambio, desgraciados y torpes,
 vergüenza da decir
 con qué rigor castiga el guardabosques... 180
 tanto que ya va siendo hora de abandonar los
 viles robos».
 «En verdad –dijo Salmas–, nadie timar
 debiera,
 y mucho menos es digno de los lituanos.
 Pues todos sabéis cómo encomian nuestro pueblo:
 cómo muchos extraños, para vernos, 185
 han acudido ya de todos los rincones de este
 mundo.
 No solo los prusianos han venido a conocer a
 nuestra buena gente,
 también muchos franceses para admirarnos
 vienen;
 e incluso toman ya nuestras comidas y en lituano
 las nombran,
 y a vestirse comienzan con atuendos muy 190
 nuestros,
 aunque aún no se atrevan a ponerse las prendas
 estampadas³.
 Conque olvidemos ya nuestra fea conducta,
 vamos a comportarnos con decencia;

así los extranjeros sin vergüenza podrán alabar
 nuestros actos.
 Bien sabemos que Dios, al darnos el decálogo, 195
 nos ha prohibido toda falacia, todo engaño,
 y no nos dio la facultad de hurtar de ninguna
 manera.
 Cuando Dochís o Juan le quitan el machete a un
 compañero;
 cuando Jeque, cargada de malas intenciones,
 a Catrina sustrae la escoba a hurtadillas: 200
 eso es un gran pecado, pues codiciar así nunca
 debemos.
 Si eso ya es una falta, ¡qué pecado será cuando
 este, aquel o el otro
 se tala un tronco inmenso y se pone a partirlo,
 o cuando torpemente destroza grandes robles
 y en el fogón los mete para cocer el pan! 205
 ¿No podría servir para ese menester un tronco
 desgajado?
 ¿No podría servir una gavilla seca?»
 «¡Basta, buenos vecinos! –Frico vociferó–,
 dicho queda lo malo que es robar,
 y hemos de referir muy brevemente lo que es 210
 menester en el invierno.

Todos sabéis que el fuego que prendemos
 es necesario y útil, pero puede también hacer
 gran daño.
 Cuando lo enciendes y el potaje guisas,
 o cuando te asas algo succulento al amor de la
 lumbre,
 los más duros bocados se ablandan al calor. 215
 ¿No es, por dicha, un gran alivio cuando,
 fatigado y hambriento,
 calado por la nieve o por la lluvia, te arrimas
 junto al cálido fogón
 y gozando de él poco a poco te duermes?
 ¿No es por suerte el buen fuego un regalo de Dios?
 Pero también se necesita leña para guardar 220
 la casa bien caliente,
 o si quieres guisarte unas albóndigas.
 Piensa, pues, qué sería de nosotros si para cocinar
 no encontráramos leña en ninguna región:
 tendría que bastarnos la bazofia de los cerdos,
 comida deleznable.
 ¿Y qué haríamos si, ateridos de frío, 225
 un fogón calentito no encontráramos,
 y cual fieras tuviéramos que recorrer los campos?
 Por tanto, cada vez que te hagas un guiso

o que reposes, hombre, tranquilito, junto al
 fogón caliente,
 no dejes de dar gracias a Aquél que te dio el 230
 fuego y el calor.
 Pero no os enojéis conmigo porque yo, el
 caporal,
 me alargue un poco más tratando de estas cosas.
 La belleza del fuego que alumbraba nuestra casa
 y cocina en la olla la sabrosa comida
 o, cuando se precisa, calienta el buen fogón... 235
 Esa llama –escuchad–, si somos descuidados,
 puede hacer mucho, mucho, mucho daño;
 pues su fuerza veloz, al levantarse,
 no solo quema nuestras chozas rústicas:
 en pavesas convierte las casas señoriales. 240
 Habéis oído lo que sucedió por dos veces al
 magnífico Königsberg⁴
 por su depravación y sus graves pecados.
 ¿Acaso no habéis visto ya a muchos desgraciados
 que mendigan, que fueron quemados por las
 llamas?
 Uno encendió el fogón sin ningún juicio, 245
 y el otro calcinó su casa por freír un poco de
 tocino.

Cuántas veces un déspota necio y vil (¡da dolor!),
 deambula entre paja con la pipa encendida
 y –que Dios nos asista– quema el patio
 hasta quedar apenas un pedazo de valla. 250
 Y habiendo ya causado semejante destrozo ese
 malvado,
 como horrible asesino vaga inquieto
 por el mundo corriendo de un lado para otro,
 buscando un escondrijo.
 Y cómo vas a pleitear con él, pues eres un mendigo.
 ¿Es que no habéis oído cómo al querido 255
 Crisas⁵
 el bribón de Dochís le abrasó todo?
 Ese honrado lituano, siendo vecino nuestro,
 como buen ciudadano quería a cada uno.
 Por encima de todo, a su amada servidumbre;
 no escatimó cuidados, como a su propio cuerpo 260
 los amó.
 Ni a uno de ellos cargaba con faenas temibles,
 y tras un arduo día de trabajo, como debe obrar
 un buen patrón,
 exquisitos bocados fritos y hervidos daba.
 Maravilla escuchar a Lauro, cómo alaba
 las despensas de Crisas, nuestro buen mayoral. 265

Dochís, despreocupado, tras encender su pipa
 como dije
 y echarse a dormirar, quemó de noche
 la diminuta casa de este hombre en el año pasado,
 y no quedó siquiera alguna estaca cuando el gallo
 cantó.
 ¡Ay, vecinitos míos, mis queridos hermanos! 270
 Por el amor de Dios: no os olvidéis de Crisas;
 y cuando mendigando, os haga reverencia,
 os ruego no riais mirando sus harapos,
 y cuando pordiosee, no reprendáis al pobre⁶.
 Pues lo que sucedió de noche a Crisas, 275
 puede bien ocurrirnos a nosotros a plena luz del
 día,
 si es que como alemanes, despreciamos a Dios
 y no dejamos pronto de engañar y robar.
 Aprende a tiempo tú, querido hombre,
 a comportarte bien en la cruda estación. 280
 No podrás, cuando hiele, vivir sin el fogón,
 y no querrás comer heladas sopas.
 Tendrás que prender fuego con frecuencia
 y colocar cazuelas en la lumbre.
 Al encender la llama, por favor, 285
 y al cocinar un succulento guiso,

no hagas daño ni a ti ni a tus otros amigos.
Pues ya has oído cómo el insensato
Dochís le causó a Crisas desgracias y aflicciones.
No te olvides, por tanto, de mirar la ardiente 290
chimenea cada día
y raspar a conciencia si se forma el hollín.
No amontones virutas de madera sobre el fogón
en casa,
no quieras escurrir ni un vil palito en él.
Pues las órdenes todos conocéis ya de sobra:
que las autoridades pretenden ahorcar 295
al que como un rebelde ignore al capataz⁷.
Y tampoco está bien que a veces, al echar en falta
algo,
por la noche te pongas a buscarlo en esquinas
oscuras con la tea encendida,
y no cuides tus niños como haría un buen padre».
Habiendo dicho esto a los villanos, como 300
buen caporal,
se escuchó de repente tal estruendo en la calle,
que la tierra tronó, y en la cabaña
saltaron los cristales recién puestos.
Al oír semejante descarga, fue tan grande el
sobresalto,

que algunos se cayeron desplomados, con horrible 305
desmayo bajo el banco;
otros con mejor juicio
salieron como balas de la choza de Plauchunas
y hallaron a Patiño malparado en el patio.
Resulta que a Dochís se le había antojado comer
carne de cuervo
y para hartarse dio una escopeta al torpe 310
desdichado,
mandando que matara doce cuervos.
Patiño, crío y necio, por dar gusto al patrón,
salió veloz con la escopeta al hombro para cazar
los cuervos.
Divisó en el tejado uno enorme
y a disparar se puso como un loco, incendiando 315
el granero
y quemando las chozas de todos los vecinos;
mas la escopeta al explotar también hirió al
propio Patiño.
Sucedido el desastre –¡ay, que Dios nos
proteja!–,
se presentó el señor con sus criados
y quiso averiguar con mil preguntas el origen del 320
fuego.

Cada uno, con fuertes lágrimas y suspiros,
mencionaba al malvado Dochís, sus doce cuervos.
El señor y sus hombres, escuchando semejantes
historias,
maldiciendo a Dochís escupían de asombro.
Mas no basta con eso: el delito ha de ser castigado, 325
y por eso lo ataron muy fuerte con cadenas
y preso lo llevaron en trineo para que lo
juzgaran.
Se reunió el tribunal en cinco días,
que convocó a una gran cantidad de testigos.
Con lo que al punto Milcus y el buen yerno de 330
Bláber,
Lauro con su mujer, Hansen y Jeque,
fueron a declarar contra Dochís.
Y así, cuando se hubieron congregado,
los jueces ordenaron que el acusado entrara.
Este compareció con enormes suspiros. 335
Le interrogaron ellos, como suelen hacer sus
señorías
cuando quieren hacer justicia como deben;
y todos los testigos llamados a la causa
tan a conciencia dieron su testimonio que los
jueces lo encomiaron.

Pero Dochís –fijaos–, con los brazos en jarras, 340
para los magistrados no tuvo ni una sola frase
amable.
«¿Y qué se les da a ustedes –expuso–, señorías,
si se me antoja a mí freír carne de cuervo,
y para mi comida mato un par de negros
cuervecitos?
¿No permite quizás matarlos nuestro rey? 345
Hay algunos villanos melindrosos
y mozos muchos hay entre lituanos que hacen
ascos al cuervo;
a mí tanto me da con tal de hartarme.
¿Y ustedes me reprochan que tome ese bocado?
¿No basta con que traiga las patas de los cuervos 350
y que, como debemos hacer los campesinos, cace
doce gorriones
y cada año lleve sus cabezas?»⁸
Al menos esta vez tengan piedad de mí,
pues por necesidad, para aliviarme,
hago matar algunos de esos cuervos. 355
Ustedes nos han puesto a los siervos en un brete,
y habremos de comer lechuzas, ratas...».
Los amigos de Bláber, Frico y los caporales
harto se sorprendieron de oír tales dislates.

«Ay –dijo uno de ellos–, así son nuestros 360
 tiempos:
 los rebeldes, quebrando mandatos de señores,
 se causan daño a sí y al desdichado prójimo.
 ¿Acaso el buen señor, como padre que enseña,
 no advirtió los peligros de usar las escopetas en
 las casas?
 ¡Y cuántas reprimendas nos dieron los pastores 365
 por no acatar las órdenes del amo!
 Pues contempláis ahora lo que nos ha ocurrido.
 Ay, Dochís, ay, Dochís, ¡que no quisiste oírnos
 cuando te reprendíamos con serias advertencias!
 Nuestros buenos señores, por desgracia, 370
 abusan del labriego, esquilándole lana.
 Y que Dochís se cace otro par de cuervitos
 y guise en la cazuela aquella inmunda carne,
 resulta repugnante y deshonroso para todo villano.
 Mas ¿qué ha de hacer un hombre medio muerto 375
 de hambre?
 Cuando hay necesidad, cualquier cosa sucede.
 Lo que no es de recibo es incendiar
 la casa del vecino disparando a lo loco».
 Mientras se lamentaban, apareció de pronto
 el comisario

y a Königsberg mandó que todo caporal viajara 380
 al punto.
 Entonces el panzudo Próspero, el capataz,
 se descubrió trazando reverencias,
 como debe un criado, prometiendo cumplir.
 Y luego dio a los doce caporales
 orden de presentarse pasados cinco días. 385
 A toda la comarca del Alborgal⁹ en danza así
 pusieron,
 tanto que los labriegos reunidos de todos los
 rincones
 por doquier pululaban como un gran hormiguero.
 Así deben servir todos los súbditos
 y acatar los mandatos del señor, diligentes. 390
 «Ay –intervino Lauro, dando nobles
 razones–,
 ¡adónde fue a parar nuestro tiempo nefasto!
 Pues un necio cualquiera, que hace polvo a
 cualquier infeliz,
 siquiera se avergüenza de dárselas de grande.
 Gaspar –bien conocéis todos al fiero 395
 de Gaspar–, ese imbécil, altivo cual señor,
 aterra como un ogro al pobre campesino;
 y Lenguaraz, su inútil consejero,

grita y se pavonea como un gallo.
¡Entre los gobernantes hay bien pocos 400
que sean compasivos y se acuerden de Dios!»
 «Tú –le replica Frico–, guárdate de meterte
 con Gaspar,
y si su consejero te abofetea, calla.
Que el fuelle es cosa útil para avivar el fuego,
pero contra los vientos nada puede, 405
ni logra detener el paso tan ligero de las nubes.
¿O puede por ventura compararse un gorrión
 con un águila?
¿Acaso una miserable rana podría enfrentarse a
 un gran león?
Por tanto, cuídate de chancear con el señor altivo
y cierra el pico, amigo, no vaya a ser que yerre». 410
 Estas claras razones dijo Frico en presencia
 de todos,
metiéndose en su abrigo de piel vuelta,
y luego se dispuso sin demora, con otros
 respetables caporales,
a acarrear a Königsberg la cosecha de grano del
 señor.
Pero había ordenado patrón a comisario 415
que se ocuparan él y Frico del dinero.

Pues la tacañería de ese amo era más que insaciable,
y cuando alguna vez daba a un pobre un ardite,
se llevaba por eso cuatro noches en vela.
Y ya al amanecer tal llanto derramaba 420
que criadas y mozos se alarmaban.
Su siervo el Achispado y la moza Patrañera
arguyen que por eso huye de los mendigos,
para que por las noches las lágrimas no acudan a
 sus ojos;
pues un chelín que da se le aparece en sueños 425
y aterra al desdichado hasta que llega el día.
Mas su ayuda de cámara –el que le arregla el
 cuarto
y cada noche, cuando todos acurrucados
 duermen plácidos,
tiene que vigilar los tesoros del amo con velas
 encendidas–
comenta que a menudo su señor, con temblores 430
 por el cuerpo,
despavorido salta del lecho mucho antes de que
 algún gallo cante.
Porque antes del alba se aparece un fantasma en
 su pieza,
y arrastra hacia el fogón su cofre de tesoros.

Y así cada mañana, con los primeros rayos de sol,
 como un ridículo,
 no hace otra cosa que rezar de hinojos 435
 por la conservación de su caudal.
 Y desde que salieron para Königsberg en
 medio de la nieve
 los caporales a vender el grano,
 cada día lloraba, y por la noche no lograba
 calmarse.
 Espantaba a sus hijos con horribles maldiciones 440
 a veces;
 mas otras, recitando las plegarias de sus
 devocionarios,
 dando grandes suspiros, miraba hacia los cielos.
 Estando así, quejándose de penas y fatigas,
 se presentó ante él un campesino que regresaba
 a casa
 y, haciendo reverencia como deben los siervos, 445
 le transmitió un despacho de Miguel,
 comerciante.
 Cuando estaba leyendo las misivas,
 de Königsberg volvieron todos los caporales;
 y Frico apareció jadeante, achacoso,
 porque ya peina canas. 450

Al ver tres bolsas llenas de monedas,
 cesaron los suspiros del señor.
 Pero cuando sus siervos se pusieron a contar, ¡qué
 desgracia!,
 le faltaba un chelín.
 Por semejante pérdida el amo se alarmó 455
 tanto que no pegó ojo en toda la noche,
 y al alba vareó a Frico de tal guisa
 que tres días escasos vivió el pobre.
 Y al comisario tales puñetazos
 le dio, que también él tuvo que guardar cama 460
 cinco días.
 Y azotar ordenó a todos los villanos
 que el grano acarrearón, por llegar con demora,
 causándole por eso tan pesada congoja.
 Hermanitos, ¡es este el favor que recibe el
 campesino!
 Es nuestra recompensa por cumplir el deber. 465
 Ahora todo aquel a quien le viene en gana
 vapulea al villano como a un inútil perro.
 «Chitón –les dijo Salmas–, ¡no vamos a
 llorar en exceso por ello!
 Pues en el mundo nada sucede sin que lo permita
 Dios.

Si no es su voluntad, ni los señores pueden 470
 dominar esta tierra,
ni nosotros, labriegos, lo podemos sufrir.
Debemos contentarnos con lo que Dios ha dado
 a cada uno.
Aquel que tras nacer pudo sentarse alto como
 persona principal,
debe considerar que es el buen Dios quien así lo
 dispuso;
o aquel que vino al mundo cual villano, 475
no debe abochornarse de sus rudas abarcas,
siempre que cumpla como debe hacerlo un
 campesino,
y más si teme a Dios de todo corazón.
 Déspota barrigudo y arrogante,
que llenas de temor al campesino con esa furia 480
 que relampaguea,
¿acaso no naciste, asimismo, indigente?
¿Mamá no te lavaba el culo, como al villano su
 madre?
¿Quién te manda afligir al pobre desdichado?
¿Quién alegrarte cuando gime y tiembla?
Dios te dio por asiento un noble trono, 485

y un sable te entregó para a los malos castigar
 como debes;
mas no te dio poder para cebarte en justos y
 hombres buenos.
Ten cuidado, te digo, al levantar tu espada;
no hieras con su filo al desdichado que te sirve,
 obediente.
Y veo que te tapas los ojos, pues te aterra 490
saberte contemplado por Dios en todas partes,
y advertir que una vez descubrirá todo tu
 desenfreno.
Aguarda y ya verás que viene el Juez de todo el
 universo
y a juicio llamará a siervos y a señores,
y dará a cada cual su recompensa. 495
 ¡Vosotros, miserables, desgraciados de abarcas!
Vosotros, siervos, mozos, pastores de rebaños,
y todos los demás, abatidos y pobres,
¿contened esas lágrimas y dejad de llorar!
Pues ya sabemos todos que en el año pasado 500
nuestro afable patrón que en paz descansase,
nos causó una gran pena muriendo de repente.
Ay, señor, ay, ¿por qué te nos marchaste?
Ya sabéis que de tanto, tantísimo penar,

Dios nos valga, caímos tremendamente
 enfermos;
 y muchos, ya tan rancos, no podían ni hablar.
 Y ahora, si de nuevo se hacen fuentes
 nuestros ojos, y con terrible angustia gemimos
 todos juntos,
 se pudrirán los ojos y el cuerpo será ruina.
 ¿Y qué sucederá si estamos medio muertos 510
 y no podemos ni servir al rey?
 Nos quitarán la hacienda y seremos mendigos.
 No nos mofemos, pues, si los señores muestran la
 cresta, altivos,
 e invocan cada día a los demonios con
 maldiciones viles.
 Pues nuestro Dios dará su merecido 515
 a cada uno, como prometió.
 ¡Por esta vez ya basta de gemidos!
 Vayámonos a casa, no olvidemos el viaje.
 Oíd cómo nos riñen las mujeres,
 y que los niños chillan corriendo por las calles. 520
 Bueyes y vacas gimen por su alimento ya:
 las cochinas preñadas, las ovejas hambrientas
 y otras bestias sollozan al mirarnos.
 Ya volvemos a casa para aliviaros; ¡esperad un poco!

Pronto podréis hartaros de yantar. 525
 Porque sabemos cómo tenemos que saciar al
 rebañito,
 cuántas veces al día debemos abrevarlo».
 «Es así —dijo Lauro—, como han de vivir
 nuestros patrones,
 si quieren ser prudentes y cuidar sus haciendas.
 Los alemanes tienen al lituano por necio, 530
 los franchutes se burlan al mirarlo.
 Sonríen, pero adoran nuestro estupendo pan,
 y con ansia devoran embutidos ahumados.
 Mas luego de atracarse de tocino lituano
 y después de tragar con avidez toda nuestra 535
 cerveza,
 no les causa sonrojo denostar a lituanos
 honrados.
 Tú, suizo gordinflón, y tú, francés imbécil,
 y todos los que vienen a maltratar Lituania,
 decidme: ¿quién os manda despreciarnos?
 ¿No podíais quedaros allí donde os parieron, 540
 donde os han enseñado a comer sucias ranas?»
 «Te excedes —dijo Salmas—, con los
 franceses, ¡ay!
 Sabes que cada tonto posee su tontera.

Nosotros los lituanos celebramos la suculenta
sopa de verdura
y el sabroso puchero con el rico tocino; 545
y nunca nos hartamos de las buenas salchichas
hechas a nuestro modo: no nos cansamos de ellas,
sino que deseamos más y más.
Si el franchute después de comer grasos sapos,
o el lituano, saciado de tocino y guisantes, 550
de su Dios dadivoso no se acuerdan,
ninguno de los dos es digno de roer ni una sola
corteza.
Porque el buey colorado y el retinto, el
cárdeno y el pinto,
mugen al ver, hambrientos, un manojo de paja;
y cuando tú les echas la gavilla, 555
con la lengua la meten en su boca
y trituran la paja sin dejar de mirarnos.
Ay, si pudieran pronunciar lituano,
por este obsequio nos darían gracias todos en el
establo.
Y cuando las hierbitas resurgen en los prados, en 560
verano,
todas las criaturas, masticando su pasto al aire
libre,

comen con gran placer, brincan alegremente.
Pero cuando el otoño y el invierno a enfadarse
comienzan
y todos, aterrados por tamaños horrores,
se ocultan y a escondidas mastican sus escasas 565
provisiones,
entonces ya no es tiempo de guardar,
y lo que Dios provee debemos dar por bueno.
Sabemos y hemos visto muchas veces
cómo los seres vivos, cuando arrecian los vientos,
se esconden y alimentan la barriga con exigua 570
ración.
Ranas, peces, cangrejos y sus crías;
los que duermen viviendo bajo el hielo,
o aquellos que se agotan campeando a lo largo
del bosque:
encuentran su alimento en tiempos del invierno,
porque cual padre generoso Dios sabe cómo 575
saciar a cada uno,
pero no prometió hartar a manos llenas a sus hijos.
No nos desanimemos si nuestras provisiones
merman con rapidez y en los campos se acaban.
No será la primera vez que todos penamos
en la vida,

y en otras ocasiones guisamos un potaje. 580
En muchas primaveras nos faltó el alimento,
¡toda suerte de otoños y veranos hambrientos
hemos visto!
Imberbes, preguntad a los sabios ancianos,
y os narrarán las mil tribulaciones.
Aún, niños ingenuos, desconocéis el mundo, 585
y como lechoncillos brincáis en estos campos.
Pero los días crudos llegarán a vosotros
cuando, dejando a un lado caballitos y preciosas
muñecas,
por ganaros la vida tengáis que trabajar.
Pues nosotros, decrepitos ancianos, 590
también como vosotros, brincamos en las calles,
y también celebramos nuestro joven verano.
¡Creíamos acaso, cuando llegó el otoño,
molestándonos,
que con tal rapidez íbamos a menguar?
¡Con qué fugacidad pasan los días del hombre en 595
esta tierra!
Cada hombre, ya sea señor, o ya villano,
al venir a este mundo con penas, muestra sólo un
capullito,
y mama con disfrute la leche de su madre,

sin otras cuitas crece y emerge cada día del capullo.
Pero la florecilla no aparece en un día: 600
muchos más necesita para abrirse el pimpollo
y para desplegar su dormida belleza.
Y apenas si comienzan a florecer las tiernas
criaturas,
empieza ya a abatirlas toda tribulación.
Pues bien sabemos cómo nos ocurrió a nosotros, 605
cómo jugamos, siendo aún unos ingenuos.
¡Qué ha sido de vosotros, días de juventud!
El invierno arruinó vuestros encantos
y a nosotros los viejos nos ha trezado ya una
cana guirnalda¹⁰.
Ved, hermanitos, hemos despedido de nuevo el 610
año viejo
y nos han sacudido sus mil penalidades.
Y lo que nos depara el nuevo año y el sol que una
vez más en el cielo se eleva,
y qué nos ha dispuesto nuestro Dios, si vivimos,
conocer no podemos y tampoco intuimos hasta
ahora.
Los campos fríos, cuya blanda espalda 615
surcamos en verano, donde echamos el grano
faenando,

duermen aún tapados con los hielos y nieves,
sin mostrar lo que el pródigo, buen Dios ha
prometido
y previsto ya antes de que el hombre naciera.
Dios mediante, veremos que de nuevo 620
regresará el estío, otra vez sentiremos su calor.
Mas hace falta tiempo, aguardemos la hora con
paciencia
y, hasta que los sembrados den su fruto, no nos
cansemos nunca de esperar.
¡Oh Tú, Dios bondadoso, celestial bienhechor!
Tú, antes de los siglos, cuando aún no podíamos 625
pensar,
concebiste que un día naceríamos,
y calculaste ya lo que sería menester en la vida.
Nos regalaste todos los sentidos,
y todas nuestras cosas dispusiste.
Nos asignaste días de llantos y alegrías, 630
y a cada uno diste días determinados.
Los tiempos de la caduca estación
y toda suerte de pesares y penurias, se esfumaron
de nuevo
con tu ayuda, después de causarnos tristezas
miserables.

¡Ay, vacuas alegrías del cálido verano!, 635
¡hierbitas refulgentes con toda su belleza!,
¡alegres pajarillos de dulces vocecillas!
y los que con nosotros gozasteis del estío,
no debéis preocuparos, llegados hasta aquí,
por lo que comeréis, ni dónde construir vuestras 640
viviendas;
y no tenéis que arar ni sembrar ni segar,
pues Dios no concibió para vosotros esas arduas
tareas,
sino que sin cuidados prometió manteneros.
Nosotros, indigentes y pobres pecadores,
de vuestra libertad disfrutar no podemos, 645
pues desde la niñez nos atormentan dolorosas
desgracias;
no cesan nuestras almas de sufrir hasta el último
aliento.
Así, como sabemos, durante el año que termina ya,
pronto comenzaremos a segar, después de
Pascua, por el alimento,
y luego en el verano bendito, faenando, 650
riadas de sudor nos limpiaremos del chorreante
rostro,
hasta que las cosechas encerremos.

Ahora que termina el otoño con sus bodas
y que decentemente nos hemos divertido,
vamos a administrar las reservas que quedan; 655
y, al freír o guisarnos un suculento plato,
vamos a recordar el día de mañana.
Un largo trecho falta hasta el estío
cuando nuestras cazuelas podamos alegrar con
alimentos frescos.
Así pues, me despido, y que Dios nos ayude, 660
vamos a disponer nuestros aperos;
pues el buen solecito a las nieves asusta ya de
nuevo
y pían las alondras volando alegremente.
El veranito, mira, poco a poco se acerca
y promete ofrecernos todo lo que nos sea menester. 665
Mas sin Ti, nuestro Padre celestial,
nada alcanzar podemos, nada de lo que ofrece el
buen verano.
¿Qué son los aparejos, qué son nuestros afanes?
¿Y qué si hemos comprado cestas y rejas nuevas,
y qué si ya sembramos el granito tal y como se 670
debe?
Todo lo que emprendamos será en balde
si es que tu tierna mano no quiere bendecirnos.

Tú nos has mantenido durante todo el tiempo
transcurrido,
y nos has prometido tu auxilio para siempre.
No podemos prever qué nos deparará el cálido 675
estío,
pero Tú ya conoces nuestras necesidades.
Nosotros, ignorantes, desconocemos todos tus
caminos;
insondables abismos nos parecen tus grandes
pensamientos,
cuando a veces osamos mirar a lo profundo.
Sigue pues asistiéndonos, buen Padre, en 680
nuestros menesteres
con paternal cuidado cuando vuelva el verano
y otra vez nos cansemos faenando los campos».

NOTAS

LOS GOZOS DE LA PRIMAVERA

1. Recuerda a una canción folclórica lituana, en la que se menciona a la abeja reina, que anima a las demás a trabajar.

2. Se describe el nido de las cigüeñas como si se tratara de la vivienda de un campesino. En la obra se encuentran numerosos ejemplos de personificación como el del v. 2 (el sol «ríe»). El autor compara con frecuencia la vida de otros seres vivos con la de los hombres, también con intenciones didácticas: en los vv. 145-154, por ejemplo, se alaba la sencillez de las aves; en los vv. 521-533 los bueyes se ponen como ejemplo de trabajo duro y sobriedad; en los vv. 78-95 de «Las labores del verano» la imagen de las hierbitas y flores agostadas por el sol ayuda al autor a reflexionar sobre la brevedad de la vida del hombre (cfr. Salmo 90). En los vv. 53-71 de «Los afanes del invierno» se pone de nuevo en paralelo la vida de las aves en esta cruda estación con la de los hombres; y en los vv. 596-609 se recurre al ejemplo de las flores para referirse una vez más a la fugacidad de la vida.

3. Como en el v. 144 de «Los gozos de la primavera» y el v. 309 de «Las labores del verano», los pájaros emiten sonidos

que recuerdan las labores que hay que realizar en la estación. Se aprecia una vez más esa íntima compenetración de los seres vivos con la vida del hombre y sus trabajos.

4. El nombre de Crisas (*Krizas* en lituano, de Kristijonas) se refiere en la obra al campesino en general: ver también, por ejemplo, el v. 495 de «Las labores del verano» o el v. 141 de «Los afanes del invierno».

5. Era costumbre enjaezar los bueyes con guirnaldas y cintas la primera vez que salían al campo a arar después del invierno.

6. Se trata de un plato llamado en lituano *kisielius*, un puré o papilla hecha de harina de avena fermentada, que se tomaba fría o caliente, a veces con leche magra.

7. Como en muchos lugares, en las aldeas era costumbre que en las tardes de invierno las mujeres se reunieran a hilar en las viviendas de las vecinas por turno o bien en alguna casa más espaciosa. De esta forma se ahorra combustible y se hacía la labor acompañándose de canciones, cuentos, etc.

LAS LABORES DEL VERANO

1. El camino que el sol traza en el cielo va dictando el cambio de las estaciones, el lugar del hombre en las distintas épocas del año y el desarrollo de sus labores. En algunos cantos folclóricos se hace referencia al sol como una rueda. Ver también «Los bienes del otoño», v. 1.

2. *Cerveza floja*, en lituano *skinkis* o *gira*, bebida suave, elaborada a base de pan de centeno fermentado. Se solía tomar en vez de agua para calmar la sed durante las faenas del campo.

3. Antigua moneda alemana de plata.

4. Se refiere a una parcela que el señor podía ceder temporalmente a un jornalero –o bien a un hijo mayor, nuera o yerno, que trabajaban sin jornal– para que la utilizara en pago parcial por su trabajo. Ver también v. 406.

5. Quedan muchos testimonios de la destreza de los lituanos para tejer y coser sus propias prendas. Como el idioma, también las prendas tradicionales iban desapareciendo y eran sustituidas por telas compradas en la ciudad. El autor lamenta que los lituanos imiten a los alemanes y pierdan sus propias costumbres. En «Los bienes del otoño» (vv. 105-106) describirá con más detalle el atuendo tradicional femenino.

6. Era costumbre muy extendida que en la época de la siega los vecinos ayudaran unos otros sin recibir remuneración. Los que acababan antes su propia faena, acudían a asistir a los vecinos, y la labor se acababa con un agasajo.

7. Ver nota 4 de «Los gozos de la primavera». Aquí de nuevo el nombre de Crisas se emplea con un sentido general; o sea, cuando los campesinos hacen las mismas tretas que los señores.

8. Guirnalda trenzada con espigas y flores silvestres. Se le ponía en la cabeza al mejor atador de gavillas; luego toda la partida de segadores lo acompañaba a su casa, entre canciones alusivas al final de la siega. Esta guirnalda se colocaba

en la estancia hasta la siega del año siguiente. Los de la casa «refrescaban» a los segadores con agua.

9. El autor no condena esta antigua costumbre del final de la siega, pero no ve con buenos ojos las peleas y disputas que surgían con esta ocasión.

10. Los lituanos aprendieron algunas palabras y dichos de los colonizadores franceses. Las familias francesas desaparecieron o bien se germanizaron, por lo que del francés quedó apenas alguna expresión.

LOS BIENES DEL OTOÑO

1. El «convivador» a las bodas solía ser un pariente de la novia que iba montado en el mejor caballo, adornado con cintas y flores de ruda; él mismo iba engalanado con guirlandas y ramilletes de flores. Era una antigua costumbre incluso entrar en la vivienda sin desmontar del caballo, saludar a los amos en nombre de los novios y de sus padres, e invitarlos a la ceremonia y banquete nupciales.

2. Aquí se mencionan las prendas tradicionales femeninas. La cofia o papalina era de lienzo fino y encaje, e iba fijada a una diadema. La toca era un pañuelo ancho y largo. La pañoleta cubría los hombros y llegaba hasta las rodillas; en un principio se ponía bajo la toca, luego la sustituyó. La corona era un adorno femenino para la cabeza, una especie de gorro alto de terciopelo, de forma cilíndrica, bordado con flores y al que se fijaba una trenza de flores de ruda.

3. En el original el pueblo recibe el nombre de *Taukiai*, de *taukai*, que significa grasa animal, tocino, y que caracteriza ese pueblo como un lugar en que hay abundancia. El adjetivo *taukus* significa abundante o gordo, graso.

4. Por orden del rey de Prusia (1724) se prohibió terminantemente a los campesinos que calzaran abarcas. Estaban obligados a sustituirlas por calzado de cuero. Por eso presentarse en una boda con abarcas era una provocación.

5. Se refiere aquí el autor a los soldados alemanes que se habían dado a la bebida, y a los vagabundos de distinta índole que difundían malas costumbres e inmoralidades. Sus groserías y cancioncillas de taberna escandalizaban a la gente, cuyos oídos estaban acostumbrados a los púdicos cantos populares.

6. Estaba prohibido arrancar la corteza de los árboles para hacerse abarcas, pues se dañaban árboles jóvenes.

7. Se hace alusión a la costumbre de las zonas rurales de poner motes o apodos para denotar buenas o malas cualidades de las personas. Con frecuencia estos motes sustituían con el tiempo a los verdaderos nombres. El propio autor hace uso de esta costumbre y pone a sus personajes nombres que los caracterizan. Se ha visto conveniente traducir estos nombres para no perder esa connotación.

8. Se refiere a la costumbre de que el primer labriego que empezaba a quebrantar la mies, lo hacía con el mayor ruido posible para dar un susto a los vecinos. Hay en este caso una clara hipérbole en la descripción del proceso, de la que se sirve el autor para condenar también el vicio de la bebida.

9. Normalmente la trilla se comenzaba bastante más tarde y se acababa antes de Navidad. Dochís empezaba cuanto antes para tener grano que vender y poder gastarse los beneficios en la taberna.

10. Los zuecos de madera llegaron a Prusia Oriental con los colonizadores de origen francés y alemán. Este calzado no era del gusto de los lituanos. Además, las leyes de protección de los bosques prohibían su fabricación.

11. Se hace referencia a la reforma de la educación en Prusia Oriental en tiempos del rey Federico Guillermo I (1713-1740), gracias a la cual se construyeron unas 1.700 escuelas primarias. La cartilla escolar lituana apareció en Königsberg en 1708; el catecismo, en 1694.

12. Los colonizadores alemanes, dueños de las tabernas, acostumbraron a los lituanos a emborracharse. En los pueblos todos los que podían acudían a la iglesia el domingo, y después del almuerzo había quien se reunía para seguir meditando lo oído en el sermón. Esos días las tabernas estaban atestadas de campesinos.

13. Los padres de los alumnos se encargaban de mantener a los maestros de las escuelas parroquiales.

14. Se trata de una nota autobiográfica. El mismo Donelaitis hizo todo lo posible por convencer a los padres más reacios a escolarizar a sus hijos.

1. Solo los señores tenían licencia para cazar alces.

2. Ver nota 7 de «Las labores del verano».

3. Después de la Peste del 1708-1710 el Rey Federico Guillermo I invitó a Prusia Oriental a colonos alemanes procedentes de Salzburgo. Por orden del Rey (1732), los administradores tenían el deber de asegurarse de que los colonos de Salzburgo vistieran al estilo alemán y no imitaran los atuendos lituanos. Donelaitis se alegra de que hicieran caso omiso de esta orden.

4. Se hace referencia a dos incendios sucedidos en la ciudad de Königsberg. De acuerdo con esta mención, se ha intentado establecer la fecha de composición de la obra de Donelaitis, o al menos de «Los afanes del invierno». No es tarea fácil, ya que hubo bastantes incendios, pero es probable que aquí se refiera el autor a dos de los más importantes, los de 1764 y 1769. Sin embargo, también en 1656 hubo un incendio devastador, por lo que no hay absoluta claridad de a cuáles se refiere.

5. Aquí se comprueba que el nombre de Crisas se usa para aludir al campesino en general, no a un personaje concreto. De lo contrario, no se entendería cómo Crisas, al que incendiaron su hogar y propiedades, pudiera hablar de su bien llevada hacienda («Las labores del verano», vv. 366-433) o celebrar las bodas de su hija («Los bienes del otoño», vv. 134-145).

6. Las autoridades prusianas habían prohibido terminantemente la mendicidad en 1748. A los mendigos se les

ÍNDICE

debía asistir con unos fondos especiales. Aquí el autor aboga por la caridad y le da prioridad sobre la letra de la ley.

7. Las normas contra incendios (prohibición de trillar con un candil, secar grano o leña sobre el fogón, obligación de ocuparse del prójimo, etc.) estaban recogidas en decretos especiales, en los que también se prohibía, por ejemplo, tener en casa un horno de pan (1724), lanzar tiros al aire durante las bodas (1728), etc. Los superiores de cada pueblo tenían la responsabilidad de la proclamación y ejecución de estas normas.

8. Las autoridades prusianas habían proporcionado a los campesinos escopetas para que mataran cuervos y gorriónes, que se consideraban perjudiciales para la agricultura. Se exigía a los campesinos que entregaran como prueba al menos doce cabezas de gorrión y una cierta cantidad, hasta 24, de patas de cuervos. Dado que las armas de fuego causaron también desgracias como la que se relata, más tarde se revocó esa ley.

9. En el original, *Vyžlaukis* (*vyžų laukas* o campo de abarcas o alborgas), topónimo inventado por el autor para indicar tierra de campesinos pobres.

10. Ver nota 2 de «Los gozos de la primavera».

INTRODUCCIÓN

<i>Las estaciones del año</i> , de Kristijonas Donelaitis: un monumento a la Lituania prusiana	9
Nota de la traductora	33

LAS ESTACIONES DEL AÑO

LOS GOZOS DE LA PRIMAVERA	39
LAS LABORES DEL VERANO	75
LOS BIENES DEL OTOÑO	111
LOS AFANES DEL INVIERNO	163
<i>Notas</i>	205

